

LA CARTERA CUBANA.

JUNIO.—1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Constitucion médica precedida de observaciones meteorológicas.



MES de Junio	BAROMETRO Francés.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
Días.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p.67	27p.65	27p.63	82° 75	85° 75	82° 50	63° ..	55° ..	59° ..
2	.. 64	.. 63	.. 65	83 ..	83 20	84 ..	60 ..	53 ..	56 ..
3	.. 65	.. 62	.. 62	83 25	89 20	84 50	57 ..	51 50	57 ..
4	.. 63	.. 53	.. 80	83 ..	85 ..	85 ..	58 ..	59 ..	61 ..
5	.. 66	.. 65	.. 68	82 50	83 50	79 75	57 ..	53 ..	61 30
6	.. 72	.. 68	.. 69	80 50	80 20	80 50	62 ..	57 50	61 ..
7	.. 72	.. 71	.. 71	79 75	83 50	81 ..	59 ..	61 ..	62 ..
8	.. 72	.. 71	.. 71	81 ..	82 75	82 ..	61 ..	60 ..	61 ..
9	.. 73	.. 67	.. 69	81 50	83 ..	80 75	61 25	58 ..	61 ..
10	.. 74	.. 69	.. 68	81 ..	83 35	82 75	63 ..	59 ..	61 ..
11	.. 68	.. 65	.. 67	81 50	85 40	80 90	61 ..	57 ..	64 ..
12	.. 70	.. 68	.. 71	81 25	86 10	83 ..	59 50	57 65	61 ..
13	.. 74	.. 72	.. 71	81 85	87 ..	80 80	61 ..	59 ..	61 ..
14	.. 75	.. 72	.. 73	83 25	87 50	83 75	60 ..	59 ..	63 ..
15	.. 74	.. 66	.. 70	83 ..	85 25	84 ..	57 ..	54 ..	60 ..
16	.. 70	.. 65	.. 66	83 ..	87 75	84 ..	60 ..	56 ..	63 ..
17	.. 62	.. 68	.. 75	83 50	86 70	81 50	59 50	64 ..	62 50
18	.. 75	.. 70	.. 75	82 ..	86 20	80 20	64 ..	63 50	64 75
19	.. 75	.. 69	.. 70	82 ..	86 ..	84 ..	62 ..	56 ..	62 ..
20	.. 70	.. 68	.. 69	83 ..	86 60	84 ..	59 ..	55 ..	59 ..
21	.. 67	.. 68	.. 71	81 50	85 25	85 20	60 ..	59 ..	63 ..
22	.. 72	.. 70	.. 68	81 ..	84 25	82 50	63 ..	61 ..	64 ..
23	.. 69	.. 67	.. 69	81 25	86 25	83 75	62 ..	57 ..	60 ..
24	.. 68	.. 66	.. 71	83 50	87 20	82 70	57 ..	56 ..	63 ..
25	.. 72	.. 70	.. 72	82 30	87 ..	84 ..	58 ..	55 ..	61 ..
26	.. 78	.. 67	.. 67	83 50	88 ..	84 20	57 ..	53 ..	60 20
27	.. 68	.. 65	.. 67	83 50	87 35	84 ..	56 ..	52 30	61 ..
28	.. 68	.. 67	.. 68	83 ..	84 90	83 ..	57 ..	62 60	63 ..
29	.. 70	.. 67	.. 68	82 ..	86 50	82 45	61 ..	56 ..	61 50
30	.. 63	.. 68	.. 68	81 5	83 ..	82 ..	62 ..	54 ..	59 ..

NUBARRONES.—El 3 en la tarde, casi todo el 6, el 7, el 8 y el 9, el 14 a medio día, del 19 al 20 con truenos y muchos relámpagos y lloviznas a media noche, el 22 a medio día, el 23 al oscurecer, el 24 a las 2 de la tarde con truenos y el 30 a la una del día con idem. LLOVINZAS.—La mañana del 4 y al oscurecer de cuando en cuando insignificantes, el 6 idem a las 11 de la mañana y 6 de la tarde, idem 17, y el 24 a las 4 de idem. CHUBAS. COS.—Con truenos fuertes, el 3 a las nueve de la noche, el 4 a 4 y media de la tarde, el 5 a dos y media de idem, el 7 a una y media del día y al anochecer, el 9 a 3 y media de la tarde, el 21 a 12 y 2 de id., y el 28 a 4 1/4 de id. AGUACEROS.—El 4 a 11 1/2 de la noche, el 5 a 2 de la tarde, fuerte el 9 con truenos de oraciones a 9 de la noche, el 10 a 7 1/2 de la tarde, el 11 a 5 y cuarto de idem, el 17 a 12 y tres cuartos de idem, el 18 a 2 y tres cuartos de idem con truenos, el 21 a 3 de idem y el 29 a la 1 del día.

ESTADO DE HOSPITALES.

		MES DE JUNIO DE 1839.			
ENFERMEDADES.		S. Ambrosio	San Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
			Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplejías.....	2	3	1	1
	Epilepsias y convulsiones.....	4	1
	Anginas	24	1
	Gastritis agudas con fiebre.....	13	30	16	9
	Idem crónicas.....	11	10	10	1
	Tifo intertropical.....	78	45	..	1
	Fiebres intermitentes.....	87	9	6	..
	Bronquitis	48	9	7	2
	Reumatismos	18	12	3	..
	Gota.....	..	1
	Pleuritis.....	..	5
	Neumonitis crónicas.....	8	18	1	12
	Hemoptisis	3
	Asmas	1
	Afectos del corazon	6
	Colitis diarreicas.....	11	14	6	..
	Idem disentericas.....	1	1
	Idem nerviosas.....	..	2
	Amenorrea.....	1
	Obstrucciones.....	13	1	..	1
	Nefritis simples.....	8
	Nefritis crónica.....	..	1	..	1
	Viruelas	9	1
	Sífilis y dolores osteocopos.....	18	2
	Hidropesías.....	2	2	..	1
	Escorbuto.....	8
	Anemia	1
QUIRUGIA.	Contusiones.....	5	1	3	..
	Fracturas.....	4
	Heridas de armas blancas.....	4	1	13	..
	Idem de fuego.....	1	..
	Tumores simples.....	4	2	3	..
	Lupias	1
	Lamparones.....	1
	Bubones.....	21	2	2	..
	Fimosis y paraquimosia.....	14
	Uretritis	16	1	3	..
	Orquitis	1	1	..
	Úlceras y pústulas venéreas.....	22	10	19	3
	Idem cancerosas.....	11
	Idem subinflamatorias.....	1	3	2	1
	Oftalmías agudas.....	82	2	2	..
	Idem crónicas.....	21
	Herpes.....	3	4	3	..
	Erupciones sarnosas.....	10
	Erisipelas	3	..
	Hemorroides.....	..	1
	Fistulas del ano.....	1	1	1	1
	Hernias.....	4	1
	Parotiditis.....	..	1
Total general		545	185	98	41

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de junio de 1839.	391	}	936
Entraron en dicho mes.	545		
Se curaron.	551	}	564
Fallecieron.	13		

Quedaron para 1º de julio 372

La mortandad estuvo á razon de 1, 39 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de junio.	274	}	557
Entraron en dicho mes.	283		
Se curaron.	214	}	274
Fallecieron.	60		

Quedaron para 1º de julio 283

La mortandad estuvo á razon de 10, 77 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de junio.	134	}	175
Entraron en dicho mes.	41		
Se curaron.	29	}	48
Fallecieron.	19		

Quedaron para 1º de junio 127

La mortandad estuvo á razon de 10, 86 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en junio reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Junio.

Gastritis agudas con fiebre.—Bronquitis.—Fiebres intermitentes.— En los europeos, el tifo.

Observaciones prácticas.

Las aguas, el calor y las vicisitudes atmosféricas, han sido tan frecuentes este mes, que debían aumentarse las enfermedades y la mortandad. Es lo que ha sucedido.

Las fiebres comenzaron á tomar de simples intermitentes, el carácter de perniciosas; y el vómito negro una rebeldía que era poco comun en años anteriores. Los facultativos que ciegos con un sistema solo trataban de sacar sangre, descuidando el envenenamiento miasmático que produce la enfermedad, y los fenómenos nerviosos que la acompañan; han tenido que llorar la muerte de algunos desgraciados; mientras que aquellos que abandonando las teorías no fundadas en hechos, evacuaban en la invasion con el aceite y las ayudas temperantes, y atacacaban con todo el rigor del método antiflogístico razonado, desvaneciendo el eretismo nervioso y revulsándole del modo mas propio á cada enfermo, estimulando si lo exigía el caso; han visto premiadas sus fatigas con la curación del paciente.

Hasta en las intermitentes perniciosas, aquellos que vacilaban en aplicar la quinina por un exceso de prudencia, han tenido sus desgracias. Hay constituciones médicas miasmáticas, y entonces es preciso tener á la cabecera del enfermo aquella fuerza de raciocinio y aquella serenidad é intrepidez que constituyen al práctico. *Occasio praeceps*, dijo Hipócrates, é infeliz del que la deja escapar!

La viruela continúa todavía haciendo estragos en las personas no vacunadas; pero dicen que en los pueblos del interior es mas formidable. ¡No se vacunan!

Se han enterrado en el cementerio general en todo el mes de junio:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	194	124
De color.	63	75
Sumas parciales. .	257	199
Tótal general. . .	456	

FISIOLOGIA.

De las venas y de los capilares generales.

HEMOS visto como la sangre arterial circula en los distintos órganos de la economía y las diferencias que presentan entre sí sus varios modos de distribuirse. Ahora daremos algunas generalidades sobre el sistema venoso, para que se comprendan las variaciones de estructura, de distribución, uso &c. que existen entre los dos órdenes de vasos, *venas* y *arterias*, facilitando de esta suerte la inteligencia de los experimentos de Mr. Magendie.

Anatomía de las venas.

Como las venas nacen de los capilares generales, sus ramos de origen contribuyen á formar este sistema, por cuya causa no hay venas en los lugares en que las arterias no han penetrado, como en los tendones, cartílagos, cabellos &c.

Al salir las venas del sistema capilar, se dividen en dos órdenes bien distintos: las venas del uno, acompañan las arterias en todo su curso y se llaman *profundas*: las del otro, marchan separadas de las arterias, se distribuyen de diverso modo y la mayor parte son *superficiales*. Forman los vasos que sobresalen en la superficie del cuerpo, y sobre todo en los miembros, donde son bien numerosos.

El mas pequeño exámen manifiesta que la suma total de las venas tiene una capacidad bien superior á la de las arterias, cosa que aunque tan evidente puede verificarse en parte en todos los puntos donde haya una arteria y una vena reunidas, como en los riñones, ó los miembros: esta diferencia no es menos sensible en el cerebro, en el hígado &c., donde las venas están separadas de las arterias. Tenemos además una division subcutánea de las venas, como acabamos de decir, y de que carecen las arterias.

En general, aquellas comunican mas frecuentemente entre sí que estas, y tan multiplicadas son las anastomoses de sus ramúsculos, que forman una verdadera red. En los ramillos, se hacen mas raras; todavía se hallan muchas en los ramos, y es lo que los diferencia con especialidad de las arterillas que casi siempre están aisladas unas de otras. No solo hay estas anastomoses entre las venas que componen el sistema profundo ó superficial, sino que tambien estas

dos órdenes de vasos comunican entre sí vasta y frecuentemente, lo que evita mucho los accidentes del estancamiento de la sangre en uno que otro sistema. Por esto en las compresiones exteriores que molestan y que suelen impedir del todo la circulación en las venas superficiales, se continúa en las venas profundas, quienes se encargan entonces de conducir la sangre que aquellas no reciben.

Las venas se terminan en dos troncos principales; la vena cava superior y la inferior. Considerando el conjunto de troncos y de ramos como un cono, podemos decir que existen dos grandes conos venosos distintos; el uno para todas las partes superiores al diafragma, y el otro para las inferiores.

Hay en la parte interna de las venas cierta particularidad, que consiste en unos repliegues membranosos llamados válvulas. Su forma es parabólica: su borde convexo está adherido, y es el que dista mas del corazón; su borde recto está flotante, y es el mas próximo de aquel órgano. Entre las válvulas y la vena hay un espacio semejante al de las válvulas sigmoideas aórticas y pulmonares, aunque no presentan como estas una granulación en su borde libre. Aquellos repliegues representan un papel importante en la circulación, y ellos con especialidad nos dispensan la ligadura de los troncos venosos no muy considerables, en las operaciones quirúrgicas. Las válvulas distinguen esencialmente las venas de las arterias.

Sistema de la vena porta.

Fuera del sistema venoso general ya descrito, hay otro particular que se llama *sistema de la vena porta*. Esta vena que nace de todas las venas abdominales de los órganos que sirven para la digestión, se distribuye como si fuera una arteria en el tejido del hígado, suministrando por consecuencia á este órgano, capilares de una naturaleza particular, los cuales reuniéndose dan nacimiento á un tronco venoso que descarga en la vena cava inferior.—Cuanto se ha dicho del sistema venoso en general, se aplica al sistema de la vena porta.

Estudio de los capilares generales y causa del movimiento de la sangre en su interior.

Todo lo que hemos dicho sobre las propiedades físicas de los gruesos vasos, podrá aplicarse á los capilares, si ha-

ceмос abstraccion de sus dimensiones. Por esto no es necesario repetirlas, bastando para completar el estudio de aquellos pequeños vasos, demostrar la causa que mueve la sangre en su interior.

Esta causa no es otra que el corazon. Las contracciones de la gran bomba obran sobre la sangre contenida en los capilares, lo mismo que en la de las gruesas arterias; lo que se comprenderá mejor observando que las leyes de la mecánica nos permiten considerar el sistema de las arterias, de los capilares y las venas, como un solo y grueso tubo en el cual la sangre estaría siempre bajo la influencia de las contracciones del corazon izquierdo. Tambien podemos concebir casi todos los fenómenos de la circulacion, estudiando lo que pasa en un tubo de goma elástica lleno de agua y en el cual podemos imitar todo lo que sucede en el tránsito de la sangre por los grandes y pequeños vasos. Mirando así estos fenómenos y buscando sus causas en la hidráulica, se esplicarán todos los actos de la gran funcion que nos ocupa. Daremos algunos ejemplos de este modo de proceder.

Se ha dado como prueba de la contractilidad muscular de los capilares, una experiencia en que se vé que la circulacion continúa en ellos algunos momentos después que la accion del corazon se ha suprimido; lo que aunque sea cierto y fácil de observar, se esplica con la mayor sencillez por las leyes de la mecánica. Y aunque repitan tan á menudo que en estas lecciones la elasticidad física representa un gran papel en la circulacion, no vacilamos en decir que obra en este caso determinando por sí sola el movimiento de la sangre, pues no continuando ya sus contracciones el corazon, deja de ejercer por el intermedio de ella la presion considerable que hacía en las paredes de los vasos, los cuales obrando entonces sobre el líquido, le fuerzan á correr por el sistema capilar.

Con el mismo hecho físico de la reaccion de las paredes elásticas, podemos esplicar, como después de haber comprimido entre dos ligaduras parte de una arteria en un animal vivo, la sangre sale con fuerza cuando se pica el vaso en el punto que no recibe ya la accion del corazon. Este hecho es bien sencillo, pues como el fluido que se halla entre las dos ligaduras está sometido á una presion muy fuerte determinada por las contracciones del corazon, en cuanto se pica la arteria, esta presion y la reaccion de las paredes son dos fuerzas que tienden á hacer salir, formando un arco, á la sangre sometida á su influencia.

En ciertas circunstancias se ha visto que la sangre volvía de los capilares al tronco arterial por un movimiento retrógrado. Cortando la pata de una rana se verá que la sangre sale por las gruesas arterias de la parte cortada; y de este hecho se ha concluido sin razon que los capilares obraban en el curso de la sangre. Siendo los capilares un sistema donde todo comunica por frecuentes anastomoses y donde el líquido sufre una fuerte presion, si hacemos una abertura en cualquiera parte, aunque sea en un tronco considerable, se precipitará la sangre en él y saldrá por la abertura. De este modo se esplica la vuelta de la sangre al corazon en aquellos casos.

Tambien sucede que si se liga un grueso vaso sin abrirle, la sangre toma un movimiento retrógrado que la vuelve hacia el punto obstruido. La causa de este hecho que parece ser el que mejor apoya la opinion de los que creen en la contraccion de las arterias, es la siguiente: supongamos que se calcule la reaccion del grueso vaso obstruido, y que el número 4 espresa esta fuerza: calcúlese tambien la fuerza de reaccion de los capilares, y es claro que si ella se espresa tambien por 4 como la otra, el líquido contenido en los vasos no sufrirá ningun movimiento y la sangre no podrá retrogradar. Pero si al contrario, la fuerza de reaccion de las paredes capilares pasa de 4; en virtud de su exceso, habrá un reflujo de sangre que la hará ir hacia el corazon. Como es evidente que la fuerza de la reaccion de las paredes es mayor en la suma de los capilares que en el tronco, por la gran diferencia entre la estension de las superficies que están en contacto con la sangre en los capilares y en el tronco arterial; lo es tambien que la sangre irá de aquellos á este.

Se observa á veces en los capilares, en el momento que el corazon se contrae, una especie de vacilacion ú oscilacion en el movimiento de los lóbulos de la sangre. Este fenómeno es tambien causado por la elasticidad de las paredes de los capilares. Sabemos que en ciertos casos la fuerza del corazon es mas que suficiente para que la sangre corra por los capilares y venza la resistencia de sus paredes. En otros por el contrario, aquel impulso es casi exactamente el que se necesita para que el líquido no se detenga por la fuerza de reaccion de aquellos vasillos. En estas circunstancias se concibe muy bien, que la sangre sometida á dos fuerzas de signos contrarios, casi iguales, haga algunas oscilaciones antes de tomar definitivamente su direccion.

HISTORIA DE LA ECONOMIA POLITICA.

ESTRACTO DE LAS LECCIONES DE MR. BLANQUI EN EL CONSERVATORIO DE PARIS.

Hace algunos años que la sociedad se ha transformado de tal modo que pueblos é individuos nos constituimos unos de otros insensiblemente solidarios, tanto en la fortuna como en la adversidad; y el mundo entero dejará pronto de ser una grande arena para convertirse en una grande asociacion. El concentrado egoismo, la odiosa rivalidad de las naciones, dejarán de ser el patrimonio de nuestro siglo. Multitud de errores se desvanecen con la Economía política; poco á poco desaparecen las barreras de las aduanas; una penosa y larga esperiencia nos ha enseñado á apreciar el valor de las querellas de los soberanos; se ha valuado lo que cuesta una victoria, y sabemos el caso que se debe hacer de los laureles; se ha declarado guerra á la guerra; y lejos de asesinar-se unos á otros por cuestiones de familia, parece que desde ahora quieren los pueblos trocar la vana gloria de los combates por las tranquilas y fructuosas conquistas de las ciencias.

Pero en cada transformacion que la sociedad experimenta, se hallan nuevas cuestiones que á la economía política incumbe resolver. Vimos en el curso anterior como los legisladores y los sabios de la antigüedad apreciaban los fenómenos de la organizacion política de los antiguos pueblos. Recordamos los levantamientos y las rebeliones de las naciones tributarias que llenaron de zozobra á los funcionarios de Atenas y de Esparta, la retirada del pueblo romano al monte sagrado, y la revolucion de Espartaco á la cabeza de un ejército que puso en peligro la organizacion aristocrática de los romanos. Crisis profundas han trastornado tambien la antigua Francia; y nadie ignora la lucha de las corporaciones de los obreros contra la exacciones de los grandes bajo S. Luis; la emancipacion de *los comunes* en 1298; la introduccion del *estado tercio*, que paga los impuestos, en los estados generales de 1313; la alteracion de las monedas; la persecucion de los bombardos, toscanos, venecianos y judíos; la invencion debida á estos de las letras de cambio para sustraer sus fortunas de las manos de sus verdugos. Todos esos fenómenos nos han traído algunos bienes mezclados con muchos males, y mas de una vez el mismo exceso del sufrimiento indicó la medicina!

En nuestros dias, han sucedido á cuestiones resueltas

la civilizacion y nuevas cuestiones. Si ya no tenemos las guerras civiles de la antigüedad, nuestro sistema de explotación puede acarrear la revolucion de obreros; la concurrencia inteligente de los trabajadores entre sí, ahonda cada dia la llaga del pauperismo á que debemos buscar un remedio; porque no debe imaginarse que la odiosa contribucion para los pobres y Hospitales henchidos de infelices y de espósitos ó niños legítimos, resuelvan satisfactoriamente la cuestion. Si hay pues progresos como sin cesar decantan, nuestra sociedad, así como la antigua, tambien tiene sus miserias.

En otro tiempo, en todas las épocas de renovacion, solo algunos hombres formulaban las nuevas ideas y guiaban á los pueblos en el camino del progreso de la civilizacion; hoy desempeñan tan noble encargo algunas grandes naciones en cuyo seno muchos hombres eminentes trabajan sin descanso en la cuestion de las soluciones nuevas que interesan á la humanidad. Sus tierras, sus manufacturas, sus puertos, sus administraciones, son otros tantos laboratorios donde se hacen esperiencias en beneficio del mundo entero. Estos pueblos son la Francia, la Inglaterra y la república Norte americana. Astros poderosos, arastran en su órbita á los demás pueblos con su ejemplo. Si en países diferentes se agitan otras cuestiones sociales, quedan ahogadas en el silencio del gabinete. En aquellos tres pueblos al contrario, gracias á sus leyes, todas las tentativas de mejoras son públicas, y se llama á cada uno para que se aproveche del beneficio; el teatro de las esperiencias carece de telones, el laboratorio es de vidrio y no hay secreto para nadie. ¿Qué progresos se hacen fuera de la Francia, la Inglaterra y los Estados Unidos? No se podria tirar un cañonazo sin conmover la política de uno de esos pueblos; no se podria girar una letra de cambio sin que se interese en algo el crédito de un negociante francés, inglés, americano.

En estos vastos talleres es donde se elaboran los progresos de la sociedad: vense canales supliendo caminos, y caminos de hierro supliendo canales; obras mecánicas sustituyendo obras de mano; el vapor haciendo el trabajo de los hombres. Las distancias desaparecen, los intereses se confunden, las preocupaciones se estinguen. La perfidia Albion se ha convertido en la Inglaterra, y sus *paquetes* traen á Calais viajeros ingleses que vienen á divertirse el Domingo.

No creais que estos tres pueblos se vean arrastrados por una generosidad puramente gratuita; los devoran enfermedades sociales que los fuerzan á intervenir en todas

las cuestiones económicas. Notable ejemplo de esta fatalidad *providencial* se vé en el extraordinario desarrollo de la industria del algodón en Inglaterra. Las invenciones combinadas de Arkwright, Hargreaves y Crompton, es decir, la Mule-Jenny (Jenny-la-hilandera) pronto atestaron los almacenes de los manufactureros ingleses con abundante cantidad de hilo, que por el atraso de los tejedores no se consumía. Entónces el reverendo Cartwright deja sus libros de teología para inventar su máquina de tejer, pero que solo con brazos humanos se movia; el genio inglés, reasumido en el bello pensamiento de Wat, engendra el vapor, y presto, gracias á los socorros de su compañero Bolton, grandes manufacturas se levantan, provistas cada una de un motor dócil que ponía en movimiento á la voz del amo las máquinas de cardar, hilar y tejer, cuyo origen recordamos.

Las máquinas han venido poco á poco á revolucionar todas las industrias: han traído en pos de sí una de aquellas crisis de que hablamos, iguales en todo á la que siguió al descubrimiento de la imprenta. La prensa de Guttemberg y de Faust sepultó en el ocio diez mil escribientes ó copistas: algunos años después, la imprenta ocupaba treinta mil operarios, y hoy alimenta un millon de hombres. Las crisis eran tanto mas graves, cuanto se reproducian con cada máquina nueva. Los economistas que nos han precedido han señalado este hecho en sus lecciones y en sus escritos; pero no nos han indicado el modo de prevenir su repetición. Esta es la gran cuestion del dia: gobernantes y gobernados, ciudadanos y ministros, todos deben profundamente examinarla.

Las máquinas han producido tambien combinaciones que han concentrado en pocos las propiedades; subyugado las masas á algunos; y á todos, amos y operarios, han puesto á la merced de una crisis comercial, de una replecion de productos por falta de despacho. En Inglaterra sobre todo se ha sentido con mas fuerza este último inconveniente. Faltando allí tierra á los brazos, los trabajadores se han entregado esclusivamente á las manufacturas, y de ahí una concurrencia homicida, la reduccion de los salarios, la contribucion de pobres, y las deportaciones á Sidney-Smith y al Puerto Jackson. No ha sucedido esto en Francia; no falta tierra á los brazos y la propiedad se divide en átomos; pero los cultivos demasiado pequeños no son mas favorables al bien-estar de las masas, que el régimen de las grandes heredades de Irlanda y de Inglaterra. Con tierras demembradas se pierde el tiempo, los cultivos son malos y las rentas

demasiado limitadas se oponen á las mejoras útiles; por esto la agricultura es aquí la industria menos productiva. Nos aterramos injustamente de los azares anexos á las empresas manufacturarias, y casi siempre preferimos una haciendilla que á menudo no da nada, solo porqué, gracias á ella, nos quitan el sombrero los habitantes del barrio, ocupamos un banco en la Iglesia y nombramos electores y mayordomos de fábrica. Estas causas juntándose á la ignorancia de las condiciones que deben regir toda buena empresa industrial, al temor de las revoluciones, á la extrema division de las propiedades; se oponen á un gran desarrollo de la nueva industria manufacturaria, y á pesar de nuestra admirable situacion topográfica, apenas comenzamos la explotacion de las inmensas riquezas, minerales ó vegetales que puede producir nuestro suelo.

Si en Inglaterra falta tierra á los brazos, mientras que en Francia no faltan los brazos menos á la tierra que esta á los brazos, en los Estados-Unidos faltan brazos á la tierra. Hay allí todavía inmensos terrenos por demontar, florestas vírgenes aun por esplotar; todavía no se ha establecido la concurrencia, la buena é ilustrada voluntad logra en uno honroso salario agrícola y comercial. La América enviaba el algodón á Europa por enormes masas y en retribucion nos compraba nuestras telas. Pero ved que ya se vuelve manufacturera y que en el Norte las nuevas industrias obtienen del Congreso medidas de proteccion contra la industria inglesa y francesa. A su turno los estados agrícolas del Sud que nos proveían de algodón, reclaman contra toda interrupcion de las relaciones comerciales. La discusion se empeña de una y de otra parte, y tan grave, que se ha comprometido el lazo federal, y el llamamiento á la union ha sido un instante la órden del dia.

Por esto decimos que cada pueblo tiene sus enfermedades sociales que curar; y aquí nos toca examinar un hecho que domina toda la economía moderna. Este hecho es *el Capital moral* que posee un pueblo. Consiste en la instruccion y en la energía para el trabajo: si hay riqueza metálica igual, el Capital moral inclina la balanza. Ved esa América del Sud con su clima bendecido de Dios, donde todo respira fecundidad, calor y vida, donde todo vegeta, languidece y muere. Ved nuestros vecinos cuyos habitantes no han sabido hallar energía sino para destruirse entre sí; no saben sacar partido de los recursos que les ha prodigado el Cielo. A estos dos pueblos falta: *Capital moral*.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION DECIMA CUARTA.

DE LOS TROPOS.

Dos modos hay de espresar las ideas con las palabras. Uno, usándolas en su significado recto ó primitivo; otro, dando á las cosas nombres diferentes de los que en realidad las corresponden. Este uso traslativo de los términos es lo que se llama *tropos* en retórica, palabra que equivale á trastrueque ó conversion, como si volviéramos las cosas para que las viniera bien el sentido oblicuo en que las tomamos. La palabra *reflexion* conviene en *sentido propio* á la vuelta de un cuerpo que tropieza con otro; y en *sentido figurado* á la atencion, como si fuera y volviera hacia el mismo objeto.

Los *tropos* pueden usarse de dos maneras, ya diciendo una palabra que señala una cosa para que deduzcamos otra que necesariamente la comprende, como cuando decimos *velas* para significar *barcos*; ya explicando una cosa para que se infera otra distinta con quien tiene rasgos de semejanza, como la *flor de la juventud*, comparando su lozanía á la *flor de los campos*. El primer tropo se llama *Sinécdoque*, y el segundo *Metáfora*. Sus bases están en nuestro modo de pensar. Segun la lógica nuestros raciocinios se hacen por deduccion ó por inferencia, luego las palabras que no espresen ideas simples que son las que forman el lenguaje natural, deben necesariamente explicar las cosas por deduccion

ó por correspondencia, y si lógicamente cuando veo una vela en medio de las aguas, ó un cadáver tendido en tierra, deduzco que hay un barco ó que hubo un vivo; cuando diga por sinédoque *fué Troya*, se deducirá que existió; y si digo metafóricamente *el ministro es la columna del estado*, inferiré que le sirve con sus luces y buenas disposiciones como aquella á la fábrica que sostiene. Así la sinédoque espresa un raciocinio por deducción, y la metáfora un raciocinio por inferencia; y no pueden existir mas tropos que estos dos, porque solo conocemos dos modos de raciocinar.

De la Sinédoque.

El raciocinio y la esperiencia manifiestan que desde los tiempos de la formación del habla, la escasez de términos forzó á sus inventores á dar varios sentidos á los que poseían. Comenzaron por dar nombre á los cuerpos físicos, pues no pudiendo concebir ideas *á priori*, menos podrían inventar palabras que no se refirieran á individuos ó propiedades naturales. Encontraron un elefante y le pusieron un nombre; vieron otro y otro, y mirando en estos la misma figura que ya conocían, no quisieron cargar su memoria de muchos términos y llamaron *elefantes* por estension, ó sinédoque, á todo este género de animales. Lo mismo sucedió en las cosas que por su hechura ó propiedades recordaban otras ya conocidas y nombradas, pues si á cada una llamasen de un modo diferente, sería corta la vida para aprender tan gran vocabulario. Así desde entonces se tomó el individuo ó el género por la especie y viceversa, el singular por el plural y al revés, la materia por la forma, el continente por el contenido, el signo por la cosa significada, el abstracto por el concreto, el antecedente por el consiguiente, la causa por el efecto y al contrario.

Para mayor claridad espondremos cada una de estas libertades que tanto trabajo nos ahorran y tanta concision y vehemencia dan al estilo.

Primero. Tómase el individuo por el género, ó lo que es lo mismo, la parte por el todo, ó el singular por el plural, cuando decimos: *El enemigo huyó*; por los enemigos. Y al revés, el plural por el singular, diciendo: *los Virgilio, los Platones, &c.*

Segundo. El individuo se usa por la especie, cuando llamamos *bruto* al caballo; y la especie por los individuos en: *las criaturas lloran*, por los niños de pecho.

Tercero. Se da el género por la especie, en esta frase: *¡Oh necios mortales!* por necios hombres.—Las palabras *criaturas* y *mortales* convienen á todos los vivientes.—Nos servimos al contrario de lo menos para significar lo mas, si para no llamar á alguno animal, le damos el nombre de *pollino*.

Cuarto. Se emplea la materia por la forma, si decimos: *Menea fulminando el hierro insano*, pues el metal se toma por las armas. Y viceversa será cuando digamos *un buen libro* por su estilo ó sujeto.

Quinto. El continente se esplica por el contenido en este ejemplo: *me palpita el pecho*, por el corazon. Y el contenido por el continente en: *Ciceron formó su alma en el estudio del Pórtico y del Liceo*, por la secta de Aristóteles y de Zenon.

Sesto. Se espone el signo por la cosa significada, en *el leon rugiente*, por la España; *el cayado*, por obispado.

Séptimo. El abstracto se espresa por el concreto, ó el colectivo por el distributivo, en: *la ignorancia es atrevida*, por los ignorantes; *la humanidad*, por todos los hombres, *el clero*, por los clérigos &c. Y viceversa, *la virtud hoy no tiene precio*, por el virtuoso.

Octavo. El antecedente se manifiesta por el consiguiente en: *fuimos godos*, por acabose el imperio de los godos. Y al revés: *los graneros rebozan*, por la abundante cosecha; ó *la Siria vió las banderas cruzadas*, por los cruzados penetraron en Siria.

Noveno. Podemos al fin señalar la causa por el efecto, el inventor por la cosa inventada, ó el autor por sus obras, si decimos: *vivir de sus manos*, por vivir de su trabajo; *Baco*, por el vino; léase *Ciceron*, por su obra. Y al contrario: *la triste viudez*, por la tristeza ó soledad que la acompañan; *el ciego amor*, porqué anubla la razon de los enamorados. Aquí tambien se incluye el modo de hablar que considera los órganos del cuerpo como origen de nuestras afecciones, v. g.: *hombre de corazon*, por de valor; *hombre sin entrañas*, por sin compasion &c.

En vista de esto definiremos la *sinécdoque*, aquel tropo por medio del cual las cosas que tienden á un mismo fin ó componen un todo, se toman unas por otras siempre que el uso de los buenos escritores lo autorice.

De lo dicho se infiere que no se permite en todos los casos usar una palabra por otra indiferentemente. Su sentido literal debe deducirse con naturalidad sin chocar al entendimiento, ni al oido; no todas las partes se toman por el

todo, ni cada especie por el género, ni la sinécdoque autorizada en una lengua puede trasladarse impunemente en otra estraña. Hasta la poesía tiene las suyas, y en la buena eleccion de estas licencias, lucen el juicio y los conocimientos de los oradores. No podemos decir: de la Habana salieron tantas *quillas*, en lugar de tantas *velas*; ni *los tejados* por las casas, como en Roma. pues que tenemos la mas propia y elegante *hogares*.

De la metáfora.

Este tropo se comete cuando inferimos por una comparacion intelectual el significado de los términos que se toman en acepcion diversa de la primitiva. Llámase *traslacion* en castellano; y se diferencia del símil, por su forma compendiosa. V. g. *Al bajar Napoleon los Alpes fue un torrente precipitado que ahogó en su furor cuantos ejércitos el Piamonte, el Austria y la Italia vomitaban*; es una metáfora; pero si dijera: Napoleon bajó los Alpes *como* un torrente, ó *á modo* de un torrente; sería un símil ó comparacion.

Así como la sinécdoque, no debe usarse de aquel tropo sino cuando acrezca la energía de la frase, aumente el brillo de la espresion y salga de la naturaleza de las cosas con quien tiene inmediata analogía el objeto comparado. Tiene por uso hacer visibles de algun modo los seres impalpables, de manera que será ridícula afectacion de elegancia pintar metafóricamente las cosas de suyo materiales, conocidas y sonoras. Bien empleadas las metáforas dan gallardía y realze á la oracion, elevan lo mas humilde, ilustran lo mas comun y sustituyendo lo ideal á lo sencillo ostentan con siugular virtud la elegancia del escritor, su buen gusto y su elocuencia. Hijas en un principio de la necesidad que obligaba á los hombres á emplearlas para significar la mayor parte de las ideas intelectuales, son el adorno principal de la poesía y la oratoria. Para esto han de tomarse de las cosas bellas, grandes y sublimes, no deben espresarse con término ordinarios, sino con los que den mas lustre á la elocucion. Pocas cosas hacen tan fastidioso el estilo, como las metáforas y comparaciones triviales.

Casi todas las metáforas son imágenes y especies de símiles y comparaciones, de modo que con ellas pueden esplicarse las ideas mas abstractas. Ya deleitan por su elegancia como en este ejemplo: *Es excelencia de la largueza salir al camino á la necesidad*. Ya ennoblecen el discurso dicién-

do: *El Asia, cuna del género humano*. Ya le dan energía, como hablando de la primera guerra púnica, dijo un escritor: *Los Cartagineses, dueños de las costas de Africa, lograron luego hacer de la Sicilia un puente para pasar á Italia*. Ya amenizan la oracion en los siguientes, elegantes y dulcísimos versos:

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo,
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo,
Produtor eterno de consuelo.

Nunca recordamos un objeto sin traer á nuestra memoria los que se le parecen en las calidades ó circunstancias que entonces nos llaman la atencion; naturalmente los comparamos, y al esplicar el primero, casi siempre tenemos que esponer su semejanza con los segundos. No son pues la metáfora ni la sinécdoque, medios inventados por la oratoria; dependen enteramente de nuestro modo de raciocinar y solo nos toca analizarlos, pulirlos y perfeccionarlos.

Si tenemos varios modos de ejecutar la traslacion en la sinécdoque, solo hay uno en la metáfora, y consiste en sustituir al signo de una idea el de otra semejante; luego si para comprender el sentido recto de una cosa, es necesario inferir su correspondencia con otra, claro está que hacemos un raciocinio por inferencia; así como en el tropo precedente le hacemos por deduccion. De igual modo se colige que todas las divisiones escolásticas de los tropos se reducen á estas dos únicas, verdaderas é interesantes; debiendo desecharse como inútiles la *Antonomasia*, *Metalepsis*, *Metonimia*, *Catacresis*, *Silepsis* oratoria y otras subdivisiones y multitud de palabras técnicas, que á nada conducen. ¿Este aparato científico á quien ha hecho orador ni poeta? Pierdan en buen hora su tiempo los ociosos buscando nombres retumbantes á lo que el ingenio produjo sin pensarlo, que aunque pobres de ideas no queremos riqueza que consiste en palabras.

Así como en la sinécdoque, la poesía tiene algunas metáforas que repugna la prosa, y si en esta decimos: *el resplandor del alba*, solo en aquella podremos pintar *las doradas madejas del aurora*. Así cuando ocurren casos de metáforas demasiado poéticas, nuevas, duras, estrañas, deben atenuarse con la forma de símil ó añadiéndoles un correctivo; como en estos ejemplos: *El Ganges viene á ser como una lágri-*

ma del océano.—El arte está, por decirlo así, ingerto en la naturaleza.

No deben aglomerarse en demasía las espresiones metafóricas, sino usarse con parsimónico discernimiento, en los lugares oportunos, y de tal manera que mutuamente se apoyen. Si forman sentido perfecto pueden entrelazarse con otras, no derivándolas de un solo ejemplo á menos que se pretenda formar una alegoría; sino trayendo las comparaciones de distintas cosas, sin confundir ni contradecir la preeminente, que es lo que se llama metáfora continuada. Sirva de dechado esta del P. Nieremberg en la que existen tres proposiciones sacadas de distintos términos. *La firmeza de la felicidad y quietud solo á la virtud tiene por cimiento: sin ella todo es un trasiego de deseos y esperanzas, con iguales heces de pesares: todo es luchar con las amargas olas de la inestabilidad.*

Dada una metáfora, no deben interpolarse en la misma cláusula términos literales ni metafóricos que no convengan al otro del cual se ha partido ó bajo cuya imágen se representa. Garcilaso pecó contra esta regla en su *dulce lumen-tar*, pues dice á un grande que le protegía, alabaré luego sus virtudes y proezas, y añade:

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día,

.....
El árbol de vitoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la yedra que se planta
Debajo de tu sombra, y se levanta
Poco á poco, arrimada á tus loores.

“Aquí es claro que presentándose el poeta bajo la imágen de una yedra y á su Mecenas bajo la del árbol á cuya sombra crece la yedra, ya no debe decirse que esta se *levanta arrimada á los loores* de aquel; porque las yedras no se arriman ni pueden arrimarse á las alabanzas, ni estas pueden sostener yedras.” (Hermosilla.)

No deben extraerse de lugares bajos, deshonestos ó torpes, como la del predicador que dijo: *el diluvio fué la le-
jía de la naturaleza.* O aquel otro: *con la muerte de Esci-
pion quedó castrada la república.* O si dijéramos de un país
lujoso, como vulgarmente: *es el orinal del cielo.*

Tampoco deben ser forzadas, ni incoherentes, pues los objetos de que se sacan han de tener una semejanza grande y fácil de descubrir. En este supuesto no será buena la metáfora de aquel que forzosamente dijo: *Bañaré mis manos en las ondas de tus cabellos*. Ni la del poeta que con incoherencia para nombrar la espada, dice: *Saqué esta antorcha de Marte*. ¿Qué tiene que ver la antorcha que alumbra, con la espada que corta? (Capmany). Ni será buena por demasiado sutil la del prosista: *Nace el hombre con breve vida, como la flor, cuya cuna es la aurora, y su sepulcro el ocaso*.

Menos aun convendrá sacarlas de objetos poco conocidos ó demasiado científicos, ni las fundadas en equívocos, pues en todos estos casos pecan contra su fin principal que es hacer mas claro el concepto y perceptibles las cosas.

Por último, debemos advertir que en las grandes composiciones poéticas no siempre tienen por fin las metáforas y comparaciones adornar y esclarecer el discurso; su empeño esencial se reduce á distraer y solazar al lector apartándole de la idea principal tanto para su descanso como para hacer mas grato el conjunto á la imaginacion, ya embelesándola con pinturas escogidas de la naturaleza ó de las artes que tienen connivencia con el todo, ya instruyéndola á cada paso en las mismas cosas que palpa y descuida por comunes; pues es una verdad reconocida entre los poetas, que en muchos casos basta para ser buena una comparacion, que exista una semejanza general en los objetos comparados, y aquella será certa y elocuente, que mejor espuesta esté, no la que se componga de menos palabras.

CRITICA.

FILOSOFIA

EN LA HABANA.

No han faltado á nuestra patria hijos ilustres, que si bien pocos originales en razon á la carencia de teatro y de escuela por el puesto que ella obtiene, han seguido ó procurado seguir, cuanto les era dable, el movimiento científico ó literario de la culta Europa; sirviéndonos como de un eslabon por el cual nos enlazamos á esta y tenemos en cuen-

ta el entusiasmo que desde acá vemos encenderse allende de los mares al advenimiento de cualquiera secta filosófica. Débil y tardío reflejo nuestro adelanto en este punto, del que manifiestan las naciones destinadas á promover las mudanzas y los descubrimientos de las grandes épocas, á tomarse la iniciativa, y á poner como si dijéramos la ley al mundo; no carecemos sin embargo en nuestra limitada esfera de los elementos que en otras partes dominaron las inteligencias, adquiriendo el auge que los hiciera famosos. Las mismas causas han producido los mismos efectos, porque la humanidad es una; y si del seno de la Religión nace su hija la Filosofía, dado que el hombre es y tiene que ser primero espontáneo que reflexivo, si en Europa la iglesia señoreó antes los espíritus, saliendo la Filosofía de los claustros donde su primitivo empleo fué servir á la Teología, para emanciparse al cabo, secularizándose; nosotros, aunque en pobre y reducido espacio, por iguales caminos hemos llegado al propio paradero, porque aquí también se ha ofrecido el espectáculo de salir las letras de los conventos ó congregaciones eclesiásticas para resultar luego que personas de otra clase las prohicieran y cultivasen con absoluta independencia.

El primer establecimiento erigido en esta capital para la enseñanza literaria, es la Real y Pontificia Universidad instalada en 1728 bajo los auspicios de los RR. PP. Predicadores, en cuyo convento permanece regida por un doctor religioso de la orden. En la época de su fundación no se debió, ni pudo adoptarse otra filosofía que la escolástica; y de ello dan testimonio sus estatutos. Allí se halla pocas veces el nombre de esta ciencia, llamada generalmente Artes, y el último grado en la facultad, Maestría, y no doctorado, asignándose para cada curso el tiempo de tres años dividido en cuatro partes, de las cuales en la primera se cuentan las Súmulas, en la segunda la Lógica, en la tercera los ocho libros físicos, y en la cuarta los dos libros de *Generazione et Corruptione*, de *Anima* y *Metaphísica*. Inútilse hace al observar hasta la fijación de textos, añadir otras razones para comprobar que la escolástica tuvo su representante en la Habana, y que el fervor con que por entonces reinaba en las Universidades de la Península á cuya imagen se constituyeron las de la isla de santo Domingo y la Habana, cundió por acá, con esclusivo dominio en las aulas.

Vino el año de 1774 donde quedó establecido el Colegio seminario de san Carlos que conforme al concilio de

Trento debía haberse instalado en esta Diócesis y no se hizo por falta de recursos, hasta que el Ilustrísimo Sr. Echavarría, natural de Santiago de Cuba, aprovechó la coyuntura de la espulsion de los jesuitas, entre cuyos bienes se contaba el edificio que ocupa el seminario, y logró llevar á cabo lo que nuestra Sínodo diocesana encarecía. Las constituciones de este instituto formadas algun tiempo antes de quedar planteado, nos dan una prueba bastante á persuadirnos que no transcurrió en vano el tiempo para los literatos de nuestro suelo con cuya asistencia se formaron; y que hasta allí habia reinado de suerte el peripatetismo que puso espanto al buen sentido de los hombres imparciales. En la seccion destinada al estudio de la Filosofía se fijan tambien 3 años para cada curso.—“En el 1º, dice el artículo 2º, leerá (el maestro) *Súmulas y Lógica*; bien entendido que de la una y la otra se han de cercenar todas aquellas cuestiones reflejas y ridículas, que *el mal uso acostumbra* levantar sobre la cópula, el término y las segundas intenciones, y así de *otras frioleras*, que fuera de ser estemporáneas embarazan el sólido aprovechamiento en la Dialéctica, cuyo fin es engendrar en el entendimiento las ideas de lo verdadero y lo falso, de la afirmación y negación, del error y la duda, y especialmente de la ilación y consecuencia.”—Hemos subrayado algunas voces para que se note ser cierto que los estravíos de la escolástica habían saltado á los ojos de los que intervinieron en la obra de los estatutos, los cuales con mucha penetracion deseaban una vía mas científica y segura, marcándola de paso, segun la columbraron.

Todavía encierran dichos estatutos nuevas señales de progreso. Otro artículo hay que lejos de establecer testo fijo para la enseñanza, deja á los profesores en libertad de formarse uno adecuado á las circunstancias de su clase y de sus alumnos, encargándoles *el limarle y mejorarle*, segun *el aumento de sus luces y esperiencias*; y mientras no lo efectuaban, deberían enseñar “por Fortunato Bregia ó Pedro Cailly, ó en su defecto Goudin, sin jurar en las opiniones de ninguno, ni hacer particular secta de su doctrina, sino enseñando las que les parezcan mas conformes á la verdad, segun los nuevos experimentos que cada dia se hacen, y nuevas luces que se adquieren en el estudio de la naturaleza.”—He aquí el gérmen de la independencia filosófica que luego habia de brotar fecundo y ardiente bajo la pluma de un sacerdote distinguido que todavía es la honra del suelo en que nació, donde su nombre despierta dulcísimos

recuerdós. El Colegio Seminario se inauguró, pues, con las mejores esperanzas.—Instalóse bajo el reinado y anuencia de Carlos 3^o, cuyo retrato se conserva en su aula-magna, junto con los de los Ilmos. SS. Echavarría, Evelino y Espada. Sin embargo, estos no fueron, como vamos á tocarlo, sino destellos felices, albores de un nuevo espíritu y de las opiniones nuevas que en la Habana debían cundir y arraigarse mas tarde. Inflúan aun sobre aquellos á quienes descontentara el peripatetismo, causas poderosas para inclinarlos necesariamente á la secta escolástica. Al fin y al cabo eran discípulos de ella y no estaba en su mano prescindir del ascendiente que en los ánimos tuvo una doctrina mamada en la leche, generalizada entre los hombres de letras así cubanos como peninsulares, máxime siendo nulas las comunicaciones con el extranjero, y la única que, si bien enfadosa é incompleta, cumplía al propósito de preparar los alumnos, dejándolos hábiles para la argumentacion, tan indispensable á la sazón en el estudio de las otras ciencias ó facultades. Las primeras lecciones de filosofía escritas por el catedrático, y dadas como testo á los discípulos del colegio que hemos conseguido encontrar, se hallan en un cuaderno inédito consagrado solo á la Lógica, dispuesto por el difunto Presbítero Doctor D. José Agustín Caballero, natural de la Habana, con el que dió principio al curso de 14 de Setiembre de 1797.—Tenemos noticia que antes de él hubo otro catedrático, pero no de que formara un testo, debiéndose sin duda haber regido por los que propone el estatuto. Está escrito en un latin elegante y conciso; pertenece al dogma de Aristóteles, aunque se titula Filosofía ecléctica, reconócele por fundador de la lógica; pero separándose desde el prólogo de lo que afirma poderse llamar la basura de la ciencia, aquellas frívolas y estériles disputas de que siembrán los escolásticos lo mas evidente; con cuyo motivo copia lo que acertadamente pensó de ellas Melchor Cano.

Precedé á las materias del cuaderno una noticia compendiosa de los sistemas antiguos y modernos, con corta diferencia igual á la del libro del Sr. Varela: y entrando en el asunto, así que divide la Lógica, segun el estilo de la época, en natural y artificial, docente y utente; fija el órden con que ha de tratarla por el de las tres operaciones principales del entendimiento, maravillando la claridad y el buen método con que en el resto de la obra se mantiene fiel á este plan. ¿Y cuáles son esas operaciones? Las de la secta sensualista, las de un discípulo de los aristótelicos, á saber: la *aprehension*,

*llamada así mismo forma intelectual del objeto, imagen espiritual, ejemplar, especie impresa y voz de la mente ó idea; el juicio, ó conocimiento de una cosa afirmando ó negando algo; y discurso, por el cual de uno ó muchos juicios deducimos otro. ¿De estas operaciones, alguna precede á las demás?—Si: “el entendimiento comienza por *aprehender* ó percibir el objeto formando ideas: en segundo lugar, juzga de él, afirmando ó negando; y en tercero, infiere de uno ó muchos juicios su enlace con otro.”*

Ya contamos con las partes en que vá á dividirse la Lógica: veamos como se conduce en cada una el hábil catedrático. Desde luego se engolfa en la cuestion resbaladiza y prematura del origen de las ideas; achaque comun de la escuela de Aristóteles á que pertenecen Loke y Condillac, con todo de haber combatido la escolástica y quebrantado su yugo.—Dos grandes lumbreras brillaron en la época memorable de la filosofía griega. Platon y Aristóteles, el genio de la abstraccion y el de la clasificacion, segun los llama Víctor Cousin, quienes llevados del *nosce te ipsum* socrático, sondearon, partiendo de un mismo punto, diversas y admirables vias explicando cada cual conforme á su diferente modo de ver los fenómenos de la inteligencia humana; y así indicamos de paso que Loke y Condillac, aunque enemigos de la escolástica, son de la gran partida de los aristotélicos, porqué militaron bajo la bandera de la observacion esclusiva. Respecto al origen de las ideas, es una falta de método entrar en inquisicion de él, cuando en un análisis acertado hay que proceder de lo conocido á lo desconocido, de lo actual á lo primitivo, siendo mas lógico atender primero al estado presente de la conciencia para subir á tanta altura con esperanza de acierto.

El Señor Caballero divide las ideas por razon de su origen en adventicias, facticias é ignatas: trata de las simples y las compuestas, de las universales y particulares, diciendo al hablar de las universales que se forman por abstraccion cuando el entendimiento sube de lo particular á lo general, con cuyo motivo afirma que los tipos universales de las cosas no existen en parte alguna, siendo otras tantas abstracciones. Aquí se toca el nominalismo en que tambien incurre Loke. Es positivo que un sin número de ideas generales son meras abstracciones; pero no vaya á comprenderse en ellas las conocidas hoy bajo el dictado de absolutas y necesarias, porqué si es cierto que flor, árbol, estrella, no gozan como género de existencia real, lo es así mismo que el tiempo

y el espacio la tienen, y así lo patentiza la fé y la conciencia de los hombres. Distingamos las ideas abstractas generales de las llamadas conceptos absolutos y necesarios: aquellas no tienen mas que una existencia nominal, y se esplican y comprenden por los individuos de donde se sacaron, mientras que estos existen indispensablemente y son la base fundamental de todos los fenómenos y de su inteligencia, sin recibir de ellos mas que la ocasion de su nacimiento. Por eso, Dios, no es una idea abstracta, sino un concepto absoluto, atento á que si Dios fuera una abstraccion pura, no sería mas que un nombre y tendría una existencia sujeta.

Destina nuestro compatriota un capítulo, como era de presumirse, á las célebres categorías, á cuya cabeza coloca el *ente*, dividiéndole.—“en sustancia y accidente, ó como dicen los modernos, en cosa y modo. Sustancia es lo que subsiste por sí: accidente lo que por sí no puede subsistir.”—Nada mas claro ni que tanto revele el análisis severo que empleó Aristóteles para descubrir y clasificar los hechos interiores de la conciencia. Bien se conoce que él nunca exageró su sistema, ni se vió por tanto en aprieto de negar lo que estremando sus consecuencias habría negado. He aquí sin embargo lo que ha sucedido á muchos de los modernos, pues no alcanzando á derivar de los sentidos el concepto de sustancia, suponen que es una palabra, una abstraccion, una quimera, cuando el entendimiento humano les da un solemne mentis, porqué él cree, al mirar colores y formas, al percibir propiedades en suma, que hay algo donde ellas residen como atributo y que no son cada una un objeto aparte, sino modos de ser una sustancia relativamente á nosotros, requiriéndose una unidad á quien referir aquel cúmulo de cualidades.

Entra luego el autor á hablar de las diferentes sustancias y traslada el ingenioso árbol Purchotiano, prosiguiendo la esplicacion de las diez categorías con las inacabables divisiones y subdivisiones de los aristotélicos que lo desmenuzaban y descomponían todo hasta el cansancio, acudiendo á distinciones puramente verbales en faltándoles asunto mas sólido donde ejercitar su destreza; y acaba de esta manera el capítulo.—“Pero casi todos los modernos han comprendido tambien y acaso con mas sabiduría, cuanto hay en el mundo en el siguiente dístico.

Mens, Mensura, Quies, Motus, Positura, Figura
Sunt cum Materia cunctarum exordia rerum”—

Ayuntamiento de Madrid

Finaliza esta primera parte con un tratado de los signos, donde se apuntan las divisiones comunes sin tocar ninguna grave cuestion.

La segunda se contrae á los juicios y á las proposiciones que los significan, espone las propiedades de estas definiciones y sus circunstancias, terminando con las faltas de los juicios y sus remedios. En este postrer capítulo hay un párrafo que traduciremos para gloria del Doctor Caballero y muestra de su sana crítica.—“Por cuanto la mente usa mucho de los sentidos no como ministros cuyos defectos debe corregir, sino como nuncios en quienes confía demasiado, y mas que en las reglas con que se mide el conocimiento de las cosas; nace de ahí que nuestros juicios se extravían y nos engañamos.”—

Consagrada la tercera parte á enseñar lo concerniente al discurso ó raciocinio y á la argumentacion por cuyo medio se espresa, distínguese al hablar de esta, la *á priori* de la *á posteriori*: en la primera “el antecedente es la causa ó raíz del consiguiente; en la segunda, al contrario:” se indican igualmente los principios de la argumentacion positiva y negativa, y las diversas clases de ambas, entre las que se coloca como mas usual y famosa la del silogismo, ilustrando el asunto de la *materia* y la *forma*, y los tres *términos* ó proposiciones. En esto nos parece que no son los escolásticos tan dignos de las amargas críticas con que se les denigró, y mucho menos quien como el Señor Caballero tuvo la necesaria parsimonia para no incurrir en extravagancias. El dice:—“Tocaba ahora hablar de las figuras y modos de silogismo, y de su reduccion á uso de los escolásticos; pero no siendo esto preciso para argüir bien y estando sus reglas fabricadas *ad libitum* por sus autores que inventaron al efecto voces confusas y bárbaras; con mejor acuerdo las hemos dejado á un lado.”—El silogismo, á nuestro juicio, es un procedimiento muy apreciable de deduccion que la inteligencia habrá de usar siempre obedeciendo á sus leyes, y el modo mas convincente de probar una verdad; pues reduciéndola á tan severa demostracion adquiere á los ojos de todo el mundo el última grado de evidencia. Con mucho eclecticismo, pues, ha dicho otro ilustre habanero á quien unen lazos de parentesco con el difunto catedrático del Seminario:—“El silogismo no es mas que una forma del discurso ó un medio para la deduccion. Por consiguiente no decimos de él, ni todo el bien que le atribuyeron los escolásticos, ni todo el mal que le acumulan los modernos. El

escolasticismo quedó derrocado: y una revolucion verdadera siempre se excede en su primer fervor. El tiempo es quien de todo hace justicia.”—

Sigue el autor discutiendo sobre la argumentacion, da las reglas universales para conocer los buenos y malos silogismos, propone los vicios de aquella enumerando los célebres cuanto verdaderos de *petitio principii*, *secundum quid* &c.; y concluye la Lógica dando una idea sucinta y compendiosa del método analítico y sintético ó *doctrinae tradendae*, y del que ha de adoptarse en las disputas y en el estudio. Pero no acaba aquí, sino que por vía de apéndice pone en seguida infinitos argumentos en forma y en materia acerca de varios lugares de su Lógica y de la Filosofía. Nos contentaremos con traducir el asunto del último de todos, transcribiéndole para los afectos al latín, á quienes servirá de muestra este trozo por donde colegirán el correcto y elegante estilo del Dr. Caballero.—

De veri et falsi criterio.

Sunt characteres nonnulli qui veritatis criteria vocantur, quod his verum á falso secernitur, de quo varié opinantur Philosophi. Tria Epicurus constituit criteria, sensum, anticipationem, sive ideas á sensibus acceptas, passionem seu appetitum, quo moralia distinguuntur. Asclepiades solúm sensum assignavit; mentem autem Anaxagoras et Pitagorici. Plato, et plerique ea ejus sectatoribus, ingenitas ideas statuerunt, á quibus postea Cartesius suam opinionem mutuatus est. Ex sectatoribus Platonis, seu Cippus et Xenocrates criterium sensibilibus sensum, et intelligibilium intellectum assignarunt: ita Aristoteles, sed intellectum docuit esse principale criterium. Cartesius hanc regulam statuit, ut criterium: *semel in vita de rebus certis et manifestis dubitandum*. Deinde scribit omnis veritatis initium, et totius Philosophiae fundamentum hoc esse: *ego cogito, ergo sum*. Tandem id constituit criterium: *illud omne quod claré et distincté concipitur, verum est*.

Aliqui recentiores, et Peripatetici criterium veritatis in evidentia, sive in hac propositione constituunt: *quidquid in idea clara et distincta rei alicujus comprehenditur, id de ea re certissimé affirmandum est*. Huet Dei locutionem criterium existimavit, sicut humanam rationem Espinosa, Malebranche mentem judicat. Deo essentialiter conjungi, cumque in illo omnia videat, Dei lumen esse veritatis criterium. Nostra

igitur sententia est haec: intellectus regulis logicalibus instructus satis idoneus est ad verum á falso distinguendum.

TRADUCCION:—*Del criterio de lo cierto y lo falso.*

“Hay ciertos caractéres llamados criterios de la verdad, porqué sirven para diferenciar lo verdadero de lo falso, sobre los que es varia la opinion de los filósofos. Epicuro estableció tres, el sentido, las ideas recibidas por ellos, las pasiones ó apetitos para lo moral. Asclepiades solo puso el sentido. Anaxágoras y los Pitagóricos la mente. Platon y los mas de sus sectarios fundaron las ideas innatas, reproducidas por Descartes: Cippo y Jenocrátes asignaron por criterio á las cosas sensibles los sentidos, á las racionales el entendimiento: así pensó Aristóteles, enseñando empero ser la inteligencia el principal. Descártes fijó esta regla, que *en la vida había de dudarse aun de lo manifesto y evidente*: después escribió que el principio de toda verdad y de toda Filosofía, era: *pienso, luego existo*, estableciendo por último como criterio que *cuanto clara y distintamente se concibiese era cierto*.”—

“Algunos modernos y los peripatéticos ponen, la evidencia el criterio, sentando que *lo comprendido en la idea clara y distinta de alguna cosa, se debía certisimamente afirmar de ella*. Huet tuvo por criterio la locucion de Dios. Espinosa la razon humana; Malebranche juzga que la inteligencia se une esencialmente con Dios, y todo lo vé en él, siendo su luz el criterio de la verdad: pero nosotros pensamos que el entendimiento instruido en las reglas lógicas es bastante capaz para distinguir lo verdadero de lo falso.”—

Hemos visto en esta breve reseña aparecer las primeras cátedras de Filosofía en la Habana bajo el ala protectora de la Iglesia: hemos hallado la escolástica pura y después reformada con acierto, aunque sin abandonar su lenguaje ni sus formas, preparándole el camino á la era mas venturosa que con poco intermedio comenzó en lo adelante. Tal vez otra ocasion, mostraremos los pasos preparatorios que faltan, el trastorno que sobrevino y el estado presente de las cosas.—

JOSE Z. GONZALEZ DEL VALLE.

SOBRE LAS CARTAS ESCRITAS POR AUTORES FRAN-

CESES, HASTA EL SIGLO XVIII. DURANT

Cartas de Voiture.—A pesar de haber dos siglos que se escribieron, no tienen otro defecto que lo muy castigado del lenguaje. Se dice que empleó 15 días en hacer la mas cortá, y como le faltaba el arte de ocultar su arte, esto nos impide leerlas con placer y constancia.

Cartas de Bussy-Rabutin.—Aunque buenas, tienen el mismo defecto que las anteriores, y además se trasluce en el autor demasiado amor propio.

Cartas del conde de la Rivière.—Su estilo es sencillo, agradable y natural: contiene anécdotas que las hacen interesantes: hizo versos muy regulares, á la edad de 93 años.

Cartas de Mme. de Sévigné. Casi todas están dirigidas á su hija. Se vé en ellas la naturalidad, la delicadeza, la gracia y los afectos del amor materno. 1670.

Cartas de Mme. de Maintenon. Fué casada en secreto con Luis XIV, y su prudencia la hizo ocultar siempre su matrimonio. Son cartas por otro estilo que las anteriores, es decir, mas reflexionadas, como si previera que se publicarían. Nunca hay en ellas afectacion, y habla mal de la corte y de su esposo. Cuando este murió en 1715 se retiró á sus tierras. Estableció la casa de educacion de Saint-Cyr y pasó allí los últimos años de su vida.

Cartas persianas de Montesquieu.—Ocultando su nombre, las publicó el año de 1721, y aunque falto todavía de la esperiencia que adquirió viajando, tienen bastante mérito: son el cuadro verdadero de las costumbres y del gusto de los franceses.

Cartas de Mme. de Châteauroux.—Encierran anécdotas curiosas sobre los primeros años de Luis XV.

Cartas de la señora Marquesa de Pompadour: en ellas están estampados su corazon y su ingenio, mas se duda alguna vez de su veracidad. Tuvo una gran influencia durante 20 años en los negocios de Francia.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MI PROYECTO.

HAY ciertos momentos en la vida de los hombres que tal podrian llamarse de reposo y contemplacion, en los que hacemos, casi sin pensarlo, como una especie de pausa en la marcha apresurada con que, por decirlo así, somos arrastrados en su eterno torbellino; y en los que, á semejanza del cansado viajero, ya se vuelva la vista hacia el punto de donde hemos salido, ó bien se dirija al camino que nos queda por andar, nos agobia el desaliento, pues que por todas partes no vemos mas que nubes delante de nosotros, y por término un horizonte infinito que se nos escapa sin que logremos alcanzarle. En uno de estos, no sé si diga, tristes, ó dichosos momentos, pero que sean como fueren existen á nuestro pesar: en uno de estos momentos de alto en la carrera despeñada que casi sin intervalos nos arroja de la cuna á la tumba, y en que todos nos precipitamos sin apercibirnos de ello; en uno de estos momentos en suma de reflexion y de cordura, que fuera conveniente aprovechar mejor; me encuentro yo precisamente, tal vez por mi desgracia. Mi vida no es muy corta, y en tan larga y cansada peregrinacion, inútil viajero, ¿qué he recogido yo para trazar la carta de los escollos en que estuve á riesgo de naufragar y que salve del peligro á los que después hubieren de sucederme por el

mismo derrotero? Si no demarco los bajíos y arenales, si no planto mis boyas sobre los puntos mas espuestos, á cada nuevo viajero que se pierda ó estravié, tendré que acusarme con razon imputándome su desgracia á que quizás pude concurrir por mi indolencia é imperdonable olvido. Hasta aquí contento con observar al mundo, puedo decir que he vivido casi como si no estuviera en él: es menester que comience ya á producirme y que deje después de mí una memoria al menos de que tambien fui entre los hombres. Pero yo no soy pintor de costumbres y mi vanidad no es tanta para ir á tomar un lugar entre los escritores distinguidos de este género: no quisiera sin embargo que se frustrase enteramente el fruto de mis pobres observaciones, y como entre la lucha de mi timidez y de mi afecto paternal, porqué confieso que no tengo la entereza de Bruto, mi razon no se fija, ni acierta á seguir el partido mas prudente; quisiera que mis amigos me ilustrasen acerca de mi final resolucion.

Como cualquiera otro viajero yo tambien he llevado mi diario de observaciones, y de una manera tan prolija y circunstanciada, que es en resumen la historia de mi vida. Confusa mezcla de acontecimientos diferentes y variados, cuanto me ha sucedido ocupa allí su lugar; y no hay nada grande ó pequeño, alegre ó triste, grave ó burlesco, que en mi sin igual exactitud no le hubiese creído digno de anotarse en sus páginas. Croniquista á veces y por incidente de los sucesos de la ciudad, y de las hablillas de los murmuradores, aun cuando mas apartado parezca de mi objeto, soy siempre mi propio biógrafo, y todo se refiere á ese término, porqué en todo se me vé aparecer ó como agente inmediato, ó bien como testigo ú espectador. Allí está recopilada la suma de todo mi saber, y el último quilate de mis lecturas, viajes y observaciones: cuadros de familia, secretos de la vida interior y doméstica; escenas populares, riñas y algazaras; amores risibles, é intrigas de consecuencia; infidelidades y ejemplos de virtud; víctimas corriendo en todas direcciones y pícaros afortunados no menos numerosos: de tan confusa mezcla se compone mi diario, y en medio de infinidad de retratos de los hombres como antes eran, como ahora son, y como siempre serán, se ven no pocas caricaturas mímicas y raras que cuando carezcan de otro mérito, tienen el de la semejanza, y que se parecen á sus originales como dos gotas de agua, ó las hojas de un árbol entre sí.

Esta preciosa coleccion, que tal al menos lo será para mi aunque no lo fuese para nadie, fiel remedo de los capri-

chos de Goya, verdadero mosaico de costumbres, en su casi selvática rusticidad, es acaso el único monumento que me sea posible erigir á mi fama; y como no pretendo imitar á Saturno, ni tengo un trono que perder, nada tampoco aventuro en echarle á riesgo de la crítica, dueña hoy del imperio del mundo, ya esté condenada á perecer, no bien haya nacido, ó á elevarse al templo de la inmortalidad. Sea cual fuere su destino de reprobacion ó de ventura, de vida ó de muerte; sóplele el aura de la prosperidad, ó le amenace el cierzo agostador de la desgracia; estoy ya decidido á sacarle á relucir al mundo: en todo, lo mas difícil, lo que á veces pide la mayor parte de nuestros esfuerzos, es una final resolucion, y ¡cuántos no habrá que murieran antes de que sonase para ellos la hora de la oportunidad, ese feliz momento que todos deseamos, pero que no á todos es propicio! Resuelto el hecho de la publicacion, hecho primario del problema, en cuyo desarrollo se ha consumido toda mi energía intelectual; me veo compelido á invocar el auxilio de la de los inteligentes para que ilustrándome con su experiencia y su buen criterio completen un trabajo que á mí me es imposible concluir.

Miro como un paso muy feliz y adelantado en la carrera, ese firme propósito de dar á luz y poner en contacto con el mundo mis débiles producciones; pero una no pequeña dificultad me embaraza todavía al realizar mi tormentoso pensamiento, y esta dificultad que veo á otros deshacer á lo Alejandro, á mí me detiene como á un tímido adepto, y casi que me para y desalienta. ¿Bajo que forma haré yo su publicacion? Saltando por todas las graduaciones del arte, ¿deberé constituirme de improviso en autor y producirlos bajo el fastuoso aparato de una obra? Para que los consejos se adaptasen á mi capacidad y mis recursos, bueno será advertir que ni tengo la extrema facilidad de los que forjan un libro con muy escaso fondo y los mas raquíticos materiales del mundo; ni aun cuando poseyese semejante talento, me fuera fácil sacar un todo regular y concreto de un conjunto de observaciones tan accidentales é incoherentes como lo son las mías. Raya en la debilidad y la locura la ternura de afecto con que miro á mis pobres ensayos; pero por mas que me ciegue y desvanezca la pasion, y por mas grato que fuera para mi gloria y su fortuna verlos correr en la forma del *in folio* ó del octavo, y figurar en las bibliotecas de los sabios, aunque no fuese mas que para llenar los intersticios, al lado de un Jouy, ó de un La-Bruyere; son es-

tas concideraciones de tal peso para mí que es menester que me resuelva á renunciar tan peligroso honor.

En esta situacion estraña y convencido de que una obra pide siempre, y muchas llevan el sello de la madurez, fruto tardío de largos años de meditacion, y son como si dijéramos el último canto del cisne, la voz de la sabiduría al apartarse de este mundo, y la tabla que contiene su postre-
ra voluntad; como la obra mas desenfadada y atrevida desafia nuestra imaginacion, porqué siempre ofrece enseñarnos algo nuevo ó desconocido, y la tomamos por decirlo así, aparte, para pedirla cuenta de sus compromisos; abandono un proyecto que tanto lisonjeaba mi amor propio.

Mucho mas prudente y mas proporcionado será someter mis producciones á otro género de obras, que sin aquellos compromisos y no esperando la suerte fugaz, incierta y subalterna de un periódico, forman el *justo medio* entre la gravedad de las primeras y la ligereza del segundo. Insertando mis observaciones en una miscelánea donde el jóven y el anciano, el sabio y el ignorante hallen los asuntos que mas se avengan con sus afecciones; si corro por una parte el riesgo de no ser leído esclusivamente y estimado en el grado que cumpliera á mi amor propio, si he acertado; me evito por otra el llamar sobre mí la critica de los sabios, quienes, si carecen de mérito mis producciones, pasarán á otra materia que mas cuadre á su modo de sentir sin fijar su atencion en un artículo cuyas faltas indemniza el editor con los primores de los que le acompañan.

Ninguna obra de las que corren por esos mundos me cuadra mas que la Cartera, y la prefiero. porqué ¿quién no dispensará los errores de un artículo, en pago del buen deseo que le dictó? quién se atreverá á pedir en todos la maestría que es tan difícil encontrar en uno? De todos modos tengo que resolverme: por la carrera que llevo andada en esta especie de campo de batalla que se llama vida, me parece que me queda muy poco tiempo que perder, y si no prefiero que desaparezca conmigo y para siempre la corta mies de observaciones que he recogido en su áspero viaje, debo darme prisa á realizar mi pensamiento, y voy á ver si apiadados de mis temores paternos el editor me deja conservar en su Cartera cuanto se encuentre de mas notable y selecto en la mia.

¿Pero publicándolo en esta miscelánea, haciendo el sacrificio de confundir en ella mi preciado Benjamin á quien ya que no elevara á las gigantescas dimensiones del sólido in folio, quisiera por lo ménos reducir á la moderna propor-

cion del octavo, ¿deberé producir mi nombre real y cometerle á las murmuraciones y hablillas de la impudente y licenciosa multitud? Aun cuando tal sinceridad me parezca hidalga y caballeresca, mas nobles ejemplos me retraen; y al notar cuan poco peso reciben algunos papeles impresos con las respetables firmas que los decoran, y la indisimulable indiscrecion con que otros haciéndolo, comprometen un crédito que sin ello no sabríamos si fué bien ó mal adquirido; casi que estoy tentado á llevar mi secreto conmigo á la tumba. ¿Qué importa por otra parte mi nombre y su tranquila oscuridad para juzgar de mis escritos? Sea el que fuere, pretendo hablar siempre en el carácter que me corresponde por mi edad de viejo humorista y tal vez impertinente y majadero, feliz si logro distraer mis lectores con la variedad de los objetos é insinuar si me es fácil, el peso de la razon por entre las flores con que pudiere adornarlos. Mi fin principal es el de recomendar la verdad, la inocencia y la virtud como los únicos ornamentos de la vida, y condenar á la detestacion pública los vicios, corregir los ridículos y contener las debilidades en el carácter de los hombres: verdadera y útil mision del escritor. Pero como para ser moderador de las costumbres de los otros, es menester ensayarse antes con las propias, á fin de que no se escuden con mi ejemplo aquellos á quienes pueden tocar mis advertencias, será preciso cubrirme el rostro con una máscara que tambien me salvará de la malevolencia de los enemigos que en mi celo indiscreto pueda á veces concitarme. No por eso llega á tanto mi humildad que me crea un hombre vicioso, pero tampoco me miro como exento de defectos, y en esta mezcla de bueno y de malo, vulnerable como lo es mi carácter, es seguro que no se me permitirá atacar impunemente en mi propio nombre vicios á la moda, como me sería tolerado bajo el disfraz protector que me cubra; y tal será el motivo de mi impersonificacion.

Como una de mis principales cualidades es la franqueza, debo decir al lector que algunas veces he pensado elegir un periódico para dar luz á mis observaciones, y lo haría sin duda, si los editores de la Cartera me negasen la insercion de mis apuntes. Con todo, mi mucha edad no me permite acabar la vida como debía haberla principiado: el periódico es como el primer campo en que se estrena el literato: vívese en él del dia para el dia, y como el periodista debe hallarse sobre el quien vive respeto de las novedades á la moda, á pesar de los increíbles esfuerzos con que pretendo estimularme, todavía

conozco mi debilidad y lo mucho que me falta para llegar á aquella altura: yo no tengo el humor guerrero y quimerista; y antes bien mi índole mansa, y un tanto cuanto indolente, y mi vida anterior retraída y contemplativa, me inhabilitan para sostener en los periódicos contiendas literarias. ¿Y por qué medio suplir á este defecto, ó cómo sin esa condicion precisa é indispensable, que es el *sine qua non* del oficio, podré llamarme un periodista? Desde que el escribir en los periódicos se ha convertido en una profesion, y de la clase de aquellas que como la agricultura y el comercio, dan á los que la abrazan un estado, y producen bien que todavía, muy escasos medios de subsistencia, ha sucedido, lo que era natural, que los primogénitos por temor á la concurrencia, que miran como una plaga, antes de asistir á la inauguracion de sus iguales, quisieran darles el abrazo de Hércules sufocándolos en su misma cuna, como á otros tantos émulos peligrosos que vienen á disputarles el imperio de la opinion, y que pueden con el tiempo convertirse en insolentes usurpadores de su fama y atentadores de sus títulos y derechos al favor popular. De allí viene aquel eterno quereallar, aquellas provocaciones, y atrevidos golpes de mano que hacen la parte mas prominente de un periódico, y en los que el periodista no tiene otra regla que seguir sino los dictados de su propio valor y ardimiento.

La guerra pide siempre de suyo pericia, é impavidez, y yo confieso de mí que soy tímido é inesperto; mi temple no es el de un Tiberio y echo todavía mas de menos su poder: no tengo el hacha de Focion, tampoco puedo trazar á mis enemigos el círculo de Popilio, ni me es dado reunir tantas cabezas en un solo tronco para cortarlas de una vez y sin volver de nuevo á la pelea. Me espanta verme condenado al tormento de Sísifo; y si al menos los demás periodistas llenasen sus pomposos programas, si en sus contiendas arrogantes no apostatasen de sus principios; si no aterrassen á los nuevos venidos con el peso de tanta superioridad, si no se proclamasen ellos mismos como los únicos dispensadores de la pública opinion; todavía el partido no fuera tan desigual, y luciría un rayo de esperanza para los medrosos de salir, mal-parados sí, pero con honor, del campo de batalla. Estudiando al periodista desde el momento modesto para él en que se propone cortejar el favor de la multitud, cuando escolar imberbe, sale de los bancos de la escuela y humilde en sus pretenciones hace que nosotros inclinados como en general lo estamos á dispensarle sus frecuentes es-

aravíos en favor tambien de su galante y aventurada empresa, le tomemos por *Cicerone* de la vida, ó heraldo de la ciudad que nos ayuda á matar la pereza ó á alimentar una curiosidad mas incontinente que ambiciosa que pronto queda satisfecha por medio de la picante sátira ó de las alusiones personales, y consigue halagar el orgullo y dejar contenta nuestra vanidad, hasta el punto de su autocracia popular; nos admira ver porqué sutil y hábil graduacion, humilde ministro en su nichez periodística de esa opinion, de que después se dice supremo sacerdote, comienza por hacerle ilimitadas profesiones de deber y afecto, hasta que elevándose á su dominacion llega á la insolencia de dictarle sus juicios bajo las fórmulas obsequiosas de la mas perentoria sumision. Intolerante y jactancioso en la virilidad, para caer á la vejez en la imbecilidad y la locura. Tal es la rapidéz de su comun carrera, mas el público que si le mira descuidado é indolente usurpar su nombre y sus poderes, no siempre resigna su inteligencia, pocas veces confirma sus fallos, y en medio de tanta locuacidad suele hacer oír el grito de la razon y sus oráculos inmutables.

Con tan brillantes precedentes y modelos tan dignos de imitar, tambien ofrecería yo en mi programa moderacion y compostura, protestando someterme con docilidad á las observaciones juiciosas que se me dirigieren, y doblar la rodilla ante opiniones mas ilustradas que las mias, muy seguro de que esta palabra á muy poco me comprometería, y que no obstante su empeño, siempre me sería permitido, á ejemplo de mis maestros, denostar profusamente al incauto que seducido por mi afectada sinceridad, se atreviese el primero á usar de la fatal invitacion. Así le curaría de su impertinente pedagogismo; pero si el mal rebelde y tenaz todavia no cediese á la eficacia del remedio y se burlase de mis cáusticas prescripciones; apelando á vias mas heroicas, último término del arte, habría de advertirle que no le juzgo digno de descender con él á un altercado en las gacetas temiendo malgastar mi tiempo, que puede ser mas útilmente empleado, que en la fastidiosa tarea de resolver sus chocantes ineptias. "Si al menos vuestros discursos" le diría, "fuesen sostenidos por alguna tolerable apariencia de argumento ó un solo resto de razon, aun podría continuar ocupándome de ellos con sacrificio de materias mas importantes; pero habeis llegado á aquel grado final de insensatez y de locura, que como el último de la corrupcion moral, cesa por lo mismo de ser peligroso para el entendimiento como este lo es para el corazon.

“Dejando, pues, á un lado vuestros razonamientos por impalpables y aereos, permitidme que contemple solo vuestro carácter y conducta como asuntos de mas curiosa especulacion. Hay algo en ambos que os hace distinguir, no solo del comun de los escritores, sino tambien de los demás hombres, y esta peculiaridad que os caracteriza, es, no que siempre os equivocais por designi, sino que jamás acertais ni aun por equivocacion; es, no que vuestras calificaciones y vuestras denegaciones siempre son mal aplicadas, sino que vuestro primer uniforme principio, ó si puedo llamarle el carácter de vuestro talento, es el de llevaros por todos los cambios y contradicciones posibles á la versatilidad sin la apariencia siquiera ó el colorido de razon; y que el mas ancho espíritu de inconsistencia jamás hizo en vuestros escritos traicion á un argumento sabio y honorífico. Esto, ya se ve, os dá un aire notable de singularidad que os hace ridículo y despreciable hasta lo sumo; y como vuestros discursos comprenden todo cuanto un hábil y prudente escritor debe empeñarse en evitar, intento daros á la posteridad como una leccion negativa para todos vuestros sucesores futuros.”

No es probable que con semejante mercurial y con tan bien sostenida rapulacion, le quede aun aliento para provocar de nuevo mis censuras; quedaría por mio el campo de batalla; y así podría llenar la vasta carrera de esperanzas que me está prometida, si la fortuna no me abandonase, ó si mi larga edad no me tuviera con un pié en el sepulcro. Inútil es quejarme de que todo esté incompleto en este mundo, de la desgracia de que cuando jóven no tuviera mi experiencia, ó de que ahora no gozara de mi actividad antigua y de aquella resistencia que me hacía arrostrar las mayores dificultades. Yo soy solo en el mundo, y debo procurarme algun contento en mis últimos años. Que lo sea la publicacion de mis observaciones; pero en una obra rica de materiales, donde no me atosiguen porqué copie pronto mis mamotretos y donde mis notas ocupen á veces algunas de sus páginas. Si mi proyecto no parece muy desatinado á mis editores, si le prestan su protección, daré principio con mi propio retrato, para que por él se trasluzca si soy el hombre á propósito para llevar á cabo la ardua empresa que me obliga á acometer tal vez mi mal destino. Arreglaré mis apuntes que hace tantos años cubre el polvo, y la Cartera recogerá mis primeras y acaso las últimas palabras, y al fin no se dirá que no ha vivido sino para sí mismo

El viejo desengañado.

SECCION CUARTA.

POESIA.

A MIRTILA.

EN SU DIA.



se es tu sol, ¿le ves? Así brillaba
de nuestra patria en la feliz ribera
cuando al subir por la celeste esfera
con sus rayos tu cuna iluminaba.

Así sus verdes galas ostentaba
y sus flores fragantes la pradera,
y el ruiseñor así tu luz primera
con no aprendido canto celebraba.

Todo se anima al elevar la frente
tu astro radiante desde el mar sonoro;
le anuncia el ave con gorgéo inocente,

Le canta el vate con su plectro de oro,
y el eco dócil que la voz remite
tu dulce nombre con placer repite.

PILENO.

ROMANCE CUBANO.

EL HIJO DE ALQUIZAR

EN MADRID.

"Feliz aquel que vivió
 "siempre en el nativo suelo,
 "y anciano contempla el cielo
 "donde niño retozó.

"Triste de aquel que cual yo
 "por sus penas abrumado
 "se ve por fin obligado
 "á surcar el mar profundo,
 "¡infeliz! no halla en el mundo
 "lo que en su patria ha dejado!"

Fastidiado de la corte
 y de sus tristes egidos
 así con acento blando
 de Alquizar cantaba un hijo,
 que víctima de los celos
 del gefe de su partido
 quiso pasar a la corte
 y comprar honores quiso,
 y al ver cubiertos los campos
 de mustio y pajizo trigo:
 "¿Dónde están, dice, las palmas,
 de la patria en que he nacido?
 donde las ceibas coposas
 los altos cedros sombríos,
 las envidiadas caobas
 y los naranjos floridos?"

En vano buscan mis ojos
 de doliente llanto henchidos,
 los aromáticos mangos,
 y los sabrosos caimitos.

En vano busco las piñas
honor del solar nativo
y los plátanos sonantes
y los frescos tamarindos.

No hallo los dulces anones
ni los cocoteros miro,
ni aquellas doradas cañas
que en el lindero vecino
dulce jugo me brindaban
en las noches del estío.

¿Y son estos, ay, son estos
Corte tus bellos egidos?
estos los campos alegres
que con enfático estilo
tus hijos allá nos pintan
de mil colores vestidos?

Qué me importan tus palacios
que al cielo se alzan altivos
si en torno de ellos escucho
de la indigencia los gritos?

¡Ay! mil veces mejor quiero
ver la choza en que he nacido
cubierta de humilde guano
murada con fuerte pino,
que allí jamás ví infelices
ni injustos grandes he visto
que á costa del desdichado
alimentan torpes vicios.

Mas quiero mirar mis valles
siempre verdes y floridos,
quiero mas ver mis terneras
y mis pintados novillos
y mis potros sabaneros
y el rijoso alazan mio
que á contemplar me llevaba
á la Adela por quien gimo.

Adela la mas hermosa
que en Alquízar ha vivido
la mas graciosa y discreta,
que jamás el mundo ha visto.

¿Qué haces hora hermosa virgen
objeto de mi cariño?

¿qué haces hora que no vuelas
á los brazos de Jacinto?

“Tal vez como yo suspiras,
tal vez en el lugar mismo
donde hablábamos amores
nuestros nombres ves escritos.

“¿Porqué, deliciosos llanos
de mi ventura testigos,
ya que miraros no puedo
olvidaros no he podido?

“No quiero ¡ay Corte! no quiero
tus honores distintivos
que cuestan siempre tan caros
de Cuba á los tiernos hijos.”

Así concluyó sus quejas
el angustiado Jacinto,
que sin querer detenerse
de Cádiz tomó el camino
y en una ligera nave
voló á sus lares patricios
donde recibió de Adela
el premio de su cariño.—*Fileno.*

OCTOSILABOS.

Ví los cándidos jazmines
orgullo de los jardines
en tu mano celestial,
y gozoso yo aspiraba
el olor que se exhalaba
de su cáliz virginal.

Emblemas de tu inocencia
embellecen mi existencia
alegrando el corazon,
y bendigo su hermosura
su fragancia y su blancura
embriagado de ilusion.

Ayuntamiento de Madrid

Flores bellas, que la aurora
con su lumbré halagadora
y su lágrimas baño,
y la mano de mi amada
al lucir de la alborada
en su seno colocó:

Vuestra albura y rica esencia
van calmando la violencia
del indómito volcán
que con llama abrasadora
á mi espíritu devora
en infatigable afán.

Cuando el sol resplandeciente
en la tumba de occidente
hunda el disco brillador,
os veré, flores amadas,
mustias, pálidas, ajadas
sin frescura y sin olor.

Vuestra pompa y lozanía
con su lumbré el nuevo día
no á tornaros volverá,
mas sereis á mi memoria
de delicias y de gloria
un recuerdo perenal.

Que el afecto que me agita
y en el alma tierna excita
de Lucinda la beldad,
helará solo la muerte
cuando baje yerto, inerte,
al abismo sepulcral.

El Clavel Deshojado.

I

Flor que en un tiempo de amores
eras mi mas dulce encanto,

¿porqué no puede mi llanto
 vida dar á tus colores?
 Lirios he visto y jazmines
 pero no he encontrado en ellos
 el olor, los tintes bellos
 que ostentaste en los jardines,
 ¿Donde está, clavel, tu olor,
 tu matiz de feligrana
 y el frescor de tu mañana
 que eran tu gala mejor?
 ¡Ay! ¿voz no tienes ninguna
 oh flor, para responderme?
 duermes en la tumba, duermes
 mientras lloro tu fortuna.

II

Yo te ví brillar un día
 en los verjeles del mundo
 al destello rubicundo
 del resplandeciente sol.
 Al ver tu pompa bizarra,
 tu colorido y frescura,
 idolatré tu hermosura
 y tu mágico arrebol.
 Mas ¡ay! que vino tronando
 con relámpago y ventisco
 la tempestad, fulminando
 mil centellas de furor.
 ¿Que te valió tu belleza
 pobre flor entristecida?...
 La borrasca embravecida
 contra el suelo te estrelló.

III

Del suelo te recogí
 con lágrimas en los ojos,
 y maldige mis enojos
 y el instante en que te ví.
 Desde entónces, yo te guardo?
 como una prenda de amor,
 y es tal mi acerbo dolor
 que solo la muerte aguardo,
 Ayuntamiento de Madrid

y me es dulce guardarte
 porqué mi hermosa te amaba,
 porqué siempre te regaba
 por la aurora al visitarte.

IV

¡Mujer! mujer! vírgen pura!...
 forma al corazon la calma
 tú que de un ángel el alma
 tuvistes y la hermosura.
 De este mundo te has fugado
 bella, al par que virginal
 y en la mansion celestial
 digno premio has encontrado.
 Allí á los pies del Señor,
 al eco de mil laudes
 cuenta das de tus virtudes,
 y consuelas mi dolor.
 Y en tanto que tú en el cielo
 de luceros te coronas
 y tiernos himnos entonas,
 ¿yo he de gemir en el suelo?...
 ¡Qué horrible es la vida así!..
 ¡No poder tu faz besar!..
 No poder decir:—“¡La ví
 en torno de mí volar!!”

V.

A Dios ángel de luz que allá en el cielo
 pisando estás las huellas del Señor,
 á Dios te dice, en su afflictivo duelo,
 de este mundo un cuitado travador.
 ¡Ay! la flor terrenal que aquí regaste
 junto la tengo siempre al corazon,
 solo de allí la arrancará la muerte
 cuando cumpla en la tierra mi mision.

J. V. HERRERO.

A CORA.

Aromas del Asia
 En rico jardín,
 Hermosa no igualan
 A tus gracias mil.
 ¡Ah!... tu esbelto talle
 Tu dulce reir
 Me hacen ingrata
 "Me muera por tí"

Si dulce al vivir
 En el triste mundo
 Le llaman aquí,
 Sin ese tu lado
 No quiero existir;
 Y en sueño profundo
 Habré de decir
 "Me muero por tí"

Si tu desdenabas
 Mi triste gemir,
 ¿Porqué me acabas
 Con tu sonreír?
 Si el cielo á la ingrata
 Me quiso elegir,
 Por siempre diré
 "Me muero por tí"

Si cupo á mi suerte
 El ser infeliz,
 Que venga la muerte
 Y seré feliz.
 No cantes ingrata
 Tu buen porvenir,
 Que siempre diré
 "Me muero por tí."

SALUSTIO.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

LA CRUZ NEGRA.

III.

¡Porqué, ángel mio, gemir?
porqué tanto suspirar?
¡A las puertas del vivir,
y de continuo mirar
nebuloso el porvenir...!

J. Q. Suzarte.

Al llegar aquí, me atrevo á apostar dos contra uno, que habrá exclamado mi linda lectora, con aquel desenfado que le es tan peculiar á nuestras paisanas:—¡Jesus! Y qué cháchara gasta el Sr. Sansueña! ¿Pues no nos espeta entre pecho y espalda una carta mas larga que la esperanza de un pobre, como si el escribir las muchachas á sus galanes fuese cosa tan nueva, y como si yo no las escribiera tambien cada y cuando se me antoja y lo requiere el caso? ¿Y la Cruz? Donde nos esconde la Cruz, Sor. escritorillo de la nueva escuela?—Paciencia lectora amiga (que de por fuerza has de serlo) paciencia y adelante, que toda la culpa no es mia, ni del redactor de la Cartera, (donde capítulo por capítulo te voy dando noticia de los amores de Josefa,) ni de la imprenta; sino de las circunstancias; y de la maldita manía ó moda que ahora cunde de darlo todo á medias y por tasa, cual si así gustase mas lo que de suyo es desabrido.

Mayores motivos tenía yo para desesperarme que tú, y con todo seguí abriendo papeles y devorándolos con los ojos, falto de sueño, puesto que el interés crecía á medida que me enfrascaba en la lectura, é irritado de la luz de la vela á las veces soltaba las cartas, y echaba mano del rizo de pelo, y enredándole entre mis dedos, como si le preguntase los secretos y los pensamientos amorosos de su linda dueña, y como si fuese capaz de revelármelos, no hacía mas que mirarle y remirarle, ebra por ebra, en completa enagenacion. Luego cogía la sortija, acomodábala en alguno de mis dedos, y viendo lucir el nombre de Josefa al lado del de su desgraciado amante, como cosa sagrada, ó dañina, la echaba al momento á rodar entre los papeles de la gavetica, volviendo con ahinco á las cartas, que algo mas podían instruirme.

Pasé una porcion por mis ojos. En casi todas encontré repeticiones, palabras comunes, frases y cosas que solo pueden interesar á los que se aman, y para los cuales se escriben; y no hay muchachita que no las haya escrito tan sentimentales, aun soñando todavía en las muñecas: qué tal es la precocidad del talento mujeril en nuestra abrasada tierra, segun opinion de maestros conocedores del caso. Tralucíaase, sin embargo, en todas, la candidez y la ternura de un corazon vírgen y apasionado, que por la primera vez en su vida, suspira y dice que ama; y que encomienda al papel sus desgracias y dolores, mas bien por buscar consuelo comunicándolos, que por hacer alarde de sensibilidad á los ojos de quien en secreto los escucha y guarda. Tralucíaase además, en las cartas de Josefa, aquella resignacion y mansedumbre, que solo se aprenden en los sufrimientos y privaciones, que tan bien dice en el carácter de una mujer apasionada que lleva su delicadeza y heroicidad hasta el punto de reservarse para sí la mayor dosis en las amarguras de la vida, porqué su instinto le dice, que el hombre tan desapoderado é irritable, cuando se quiere poner tasa á sus goces, freno á sus voluntariedades, es mas susceptible de caer en la desesperacion, y malograr los intentos mas hacederos.

Pero á todas estas nada sabía aun de la promesa que Inés había hecho á Josefa, sobre que Eugenio, su amante, le serviese en el delicado asunto de aconsejar á Alfonso y tranquilizarle. Hasta entonces, las cartas que habia leído, fuera de la que he puesto en noticia del público, en el capítulo precedente, nada me decían sobre unos particulares de

tanto interés para mí, pues jamás podían serme indiferentes los sufrimientos de una niña, que sabía amar, y que tan bien sabía decirlo: lo cual hoy no es cosa muy comun, conforme oigo quejarse á todos los poetas. Como mi impaciente lectora, yo no veía la *Cruz negra*, y estaba desecho, lo confieso sin rubor, por descubrirle siquiera un brazo, para juzgar de su tamaño, cuando en estas y en estas otras, veo asomarse del fondo de la gavetica, un grueso paquete, liado con una cinta verde. Desátrole sin demora: dentro había un ramo de *tuya*, otro de romero, secos, y ocho ó diez cartas mas. Las de letra de mujer, siempre llamaron mas vivamente mi atencion. La primera decía así:—

*Cafetal Felicidad 18 de Abril
á la una de la noche.*

“Mi querido Alfonso: Ayer tarde te vieron pasar á caballo por aquí, y te han vuelto á tomar en boca. Catalina no desperdicia ocasion. Y tú tienes la culpa por cabeza dura y pertinaz. Yo no sé á que te empeñas en pasar, porque no he de salir á la *portada*, al menos mientras no esté satisfecha de que mi familia no me vigila con tanto rigor. ¿Con que ya que he alcanzado el perdon de mamá, quieres venir á echar por tierra todo mi trabajo y afán?”

“Inés, que siempre me ha querido y la que menos mal te mira, me aconsejó desde un principio que me echara á los piés de mamá y le pidiese el perdon de mi falta; pues estaba muy persuadida de que le alcanzaría, y por consecuencia el de papá, en quien no dejan de hacer fuerza las razones de ella, por mucho que encubra su carácter con su gesto grave y duro. Te contaré. Esta mañana muy temprano, no teniendo cosa en que distraerme me dirigí al jardin. A poco rato se apareció mamá que venía á sembrar unos gajos de flores, que le habían regalado: y al verla llegar sola, y al ver que nadie nos podía interrumpir, no pude menos que acordarme del consejo de Inés, y me asaltó de pronto la idea de ponerle en obra, aunque el temor y la vergüenza de un desaire me hacían temblar de piés á cabeza, quitándome la voz y las palabras. Tuve que apoyarme en las cercas del jardin. Mamá me pareció un poco afligida; y un si es no es preocupada, porque si no me engaño, pasó junto de mí sin verme, si bien es verdad que una mata de rosal, muy coposa, medio me ocultaba á sus ojos. Quería cavar la tierra con los dedos, lo cual no lo creí fácil, pues estaba dura y seca á consecuen-

cia de que no ha llovido ni una gota de agua, y el rocío poco humedece, como tu sabes. Advertí que á pesar de sus esfuerzos, la tierra no cedía, y por evitarle un mal, como por acercarme á su presencia, agarré una estaquita y se la ofrecí. Ella pareció sorprendida de verme, pero bien pronto, reponiéndose y tomando de mis manos la estaquita, sin decirme palabra, se puso otra vez á abrir los hoyos, como si yo no estuviese allí. Esto me acobardó y afligió tanto, cuanto mi valor y esperanza no eran ningunos. Acabada su tarea se retiraba del jardín, cuando saliéndole al paso precipitadamente, me agarré de las faldas de su vestido, y casi á sus piés, derramando un torrente de lágrimas; pero sin poder hablarle. Mamá me levantó del suelo, después de haber hecho un esfuerzo grandísimo; me limpió las lágrimas en silencio; y al cabo me estrechó en su seno, y me dijo toda conmovida:—¡Válgame Dios, Josefa! No me llores, hija. Yo no quiero verte llorar. Vamos, sè acabó. Vete á tu cuarto y recógete, que la mañana está fría y húmeda, y te hace daño.—¡Pero mamá, prorrumpí yo, Su Merced me perdona?—Sí Josefa....Sí. Con todo...es preciso que sepas que nada me es dado en tu favor. Allá, tu padre....tu padre es el único que te puede dispensar alguna gracia. ¡Vamos; no me llores mas. Aunque á la verdad... ¡Yo te quiero... Pero no me des que sentir!—Y se fué sin decirme mas palabra, antes componiéndose el pañuelo y el rostro con afán, porque Fernando acababa de salir de su cuarto y nos había visto, ni siquiera volvió la cara para ver como quedaba.

“A pesar de todo eso, ¡qué buena es mamá! ¿No te parece á tí lo mismo, Alfonso? Ella nunca te ha querido mal. Aun me acuerdo con delicia del tiempo en que tú vivías acá, y del esmero que mamá ponía en todas tus cosas, y de su ahinco porque nada te faltase, y porque te llevasen el café con leche, apenas despertabas. Pero ¡ay! todo pasó. Todo se muda y se acaba, bien mio: de ese tiempo venturoso no queda mas que nuestro amor en pié: ¡milagro que no le han derrumbado ya las contradicciones y las desgracias que nos han sucedido y nos están sucediendo! ¿Y tú no crees que aun mamá te conserva cariño? Pues no lo dudes. Mi madre es tan estremosa, de un corazon tan blando y bueno, que no la creo capaz de odiar á nadie. Ella nunca se hubiera opuesto á nuestros amores, estoy firmemente persuadida de esta verdad, Alfonso; pero las sugerencias de Fernando, las hablurías de Catalina y el genio áspero y duro de papá, han contrariado mucho su índole, naturalmente inclinada al

bien, sin reparar en los medios, cuando se ofrecía la ocasión de dispensarle. Y yo que te quiero con alma vida, y corazón; yo que estoy harto penetrada de esto, no ceso de llorar y de quejarme á mi suerte, viendo que ella no puede hacer nada en mi favor, y que se consume en silencio, cada vez que advierte su nulidad. ¡Pobre madre mia! La compadezco tanto cuanto me compadezco á mí..... Pásemos á otra cosa.

“Volviendo á lo que antes te decía; repito que eres muy indócil. No te pareces en eso ciertamente á mí. Yo en momentos tan aciagos, callo, sufro y espero. ¿Y qué hemos de hacer? ¿Puede que algun día te pese no haber seguido mis consejos! Dios no quiera que llegue ese caso! Pero estoy viendo que con ser tú mayor que yo algunos años, es preciso que te guíe y conduzca, para que no cometas un disparate. ¿No te dá vergüenza?

“Me acusas de que si con tanta calma y frescura te amonesto y dirijo, mal puedo amarte como te significo á cada instante. ¡Ah! cuán poco me conoces! Mira, ingrato, si te amo; que no coso, ni leo, ni duermo, ni tengo un minuto de sosiego, porqué donde quiera que me hallo, siempre viene tu imagen á interponerse y á robarme toda la atención, juntamente con el alma y la vida. Tú te quejas de vicio, mis amores. Yo no vivo sino para tí, ni pienso mas que en tí, no doy un paso sin que tu sombra me persiga cual pájaro invisible que agita sus alas blandamente sobre mi cabeza noche y día, y me aduerme, y me hace sonreír, y suspirar... todo á un tiempo mismo...! Yo me alegraría de que me dejases y fueses á amar á otra mujer, no mas que para experimentar si era capaz de quererte como yo.—Es mucha verdad que cuando tú estabas á mi lado, y cuando podía verte á todas horas, no había pesado el amor que me inspirabas; pero apenas te echaron de aquí, y me hallé sola y abandonada al rigor de mi suerte, me pareció que me habían arrancado las alas del corazón.

“Así, no me cansaré de decirte, que no pases por aquí, que te reprimas y tengas paciencia, al menos mientras yo no te avise, y mientras no varíen las circunstancias. Eugenio te dirá lo que ha sucedido, pues él precensió y oyó alguna cosa. Yo no creo que tú pasaste con intención de verme; pero pasaste, y Catalina te vió, y no hubo necesidad de mas para que estuviera hablando toda la tarde y la noche. Si tú supieras el gusto que recibo, cuando me convenzo de que has seguido ciegamente mis mandatos... mis súplicas, es-

toy bien cierta de que te reprimirías, y de que no me darías estos pesares. ¡Ah! te lo pido por Dios, por nuestro santo amor; no vengas á destruir de un golpe las esperanzas de reconciliacion que fundo en el carácter apacible y bueno de mi madre! Por tí he consentido en engañarla.—¿Quieres mas, Alfonso? Ella la pobre, tal vez está en la persuasion de que yo he interrumpido toda correspondencia contigo, y no hace mas que atajar pollos y llorar, y suplicar que no me inquieten, ni me molesten. Tú no eres capaz de imaginar lo agradecida que le estoy á mamita de esta mañana acá. Si tú hubieras visto el cariño, la solicitud que ponía en limpiarme las lágrimas con sus dedos suaves como seda, porqué era tal su conmocion que no atinaba con el pañuelo de la mano. Si le hubieras oido aquel. Yo te quiero Josefa! como ella lo dijo, te hubieras enternecido hasta el punto de llorar, que es lo que hice yo.—¡Pobre madre mia!

“Se habla de un baile en S. Antonio, para el cual han convidado á Fernando. Te lo anuncio desde ahora, por si quieren llevarme, (que si me llevarán), empieces á revestirte de sufrimiento y de paciencia, que yo te prometo no bailar aunque se empeñe el mundo entero: no temas que me comprometa nadie, porqué si es necesario, hasta me hiero un pié, cosa que no haya recurso. Si de aquí allá no me he muerto, será preciso que vaya al baile; iré, y allí sentada me verás en cualquier rincon. Me pudiera quedar, pretestando una enfermedad; pero tú conoces á Catalina y á Fernando, los cuales no solo no me creerían, sino que levantarían el juicio hasta supónerme intenciones, en que ni sueño; como otras veces lo han hecho.

“Cuidado con lo que te digo. Mira, Alfonso: como yo sepa que no haces caso de mis consejos, estate seguro que me pongo vraba contigo.... que me muero!—Tuya siempre—Josefa C.

“P. D. ¡Ah! Se me pasaba. ¿Dónde estuviste el sábado y el jueves? ¿Te parece á tí que porqué estoy en este encierro no hay quien me cuente los pasos que tú das? ¡Ay, que te engañas! Mira que tengo un pajarito que me refiere lo mas mínimo que haces: con que no te digo mas.”

Mi curiosidad, mi interés no estaba satisfecho, y abrí incontinenti otra carta no obstante lo avanzado de la noche, la incomodidad de la vela y la vigilia. Escrita en momentos de afán y de zozobra, por la letra tirada y confusa, por su estilo cortado y algunas veces poético y ardiente, con faci-

lidad se echaba de ver, que aun agitaban fuertes impresiones el corazon y la mano de la infelice jóven que la escribiera. Dicha carta estaba concebida en estos términos:—

*Cafetal Felicidad, á 30 de Abril á
las cuatro de la madrugada.—*

“Al fin, Alfonso, todos duermen en esta casa, rendidos á las fatigas del baile, del camino y de la bulla. Yo sola estoy despierta, consagrándote estos momentos de silencio y reposo general.—Aun no me he quitado las flores y los adornos que llevé á la diversion: á no ser por la necesidad que tengo de escribirte, y de depositar en tu corazon los pesares y las angustias que destrozan el mio, créeme, Alfonso del alma, me hubiera echado en el catre, como me hallaba: tal me siento de aburrída. Aburrída, sí, bien de mi vida. Por fin, han conseguido aburrirme, desesperarme.

“Allí mismo, delante de todo el mundo, me hubiera arrancado las flores y los adornos, y los hubiera escupido, y pisoteado. ¡Oh! Cuánto me han hecho sufrir! Porque vergüenza me han hecho pasar! Tantas amarguras han derramado sobre mi triste corazon, que no sé como no le han reducido á momia, á polvo.—En presencia de todo el pueblo, que no me quitaba los ojos desde que entré por las puertas del baile, como si fuera una mujer loca ó fatua, sin hacer caso de mi resistencia, sin tener lástima de mis lágrimas y súplicas, me arrancaron del estrado y me pusieron en el puesto á danzar; y á danzar con un hombre, por el que he conocido por la primera vez de mi vida, la pasion del odio, del aborrecimiento.... Tú lo sabes todo.

“Mis intenciones eran, en caso de verme muy acosada, segun tú me lo indicaste, bailar con Eugenio, y á lo que Inés estaba corriente; pero Fernando no le dió tiempo á que me sacara, porqué se figuró, sin duda, que yo iba á salir contigo, que acababa de ver de pié, en la puerta, cerca de mí. El, no lo dudes, tambien advirtió cuando yo te dejé caer el ramito de *tuya*, que recogiste en el quicio, porqué desde entonces noté que le había entrado una especie de furor, y que me quería matar con los ojos. Nunca creí que Fernando hubiese llegado al vergonzoso extremo de violentarme y maltratarme, cual si fuese su esclava, delante de la gente, cuando estaba bien seguro de que yo no podría oponerle una resistencia temeraria, á poder de inútil. No mas que lo que temí, te lo confieso: por este motivo fué que vacilé tanto entre si iría ó me quedaría, puesto que lo deja-

ron á mi eleccion, ya que mi madre no iba; pero los deseos de verte, y luego la confianza que me inspiraban la publicidad de un baile y las personas estrañas que á él concurrer, y que debían resguardarme contra el rencor de mi hermano, me decidieron á ir.

“Imagino que el tal baile me ha de costar muy caro: que me pesará toda la vida. Hubiera dado toda la sangre de mis venas: hubiera preferido que me sacasen el corazon pedazo á pedazo, antes que haberte visto cuando bailaba. Estabas desconocido. La rabia, la desesperacion, las pasiones mas violentas que agitan á los hombres, me pareció que se pintaban en tu rostro, con formas humanas, y que te incitaban á pelear con todo el mundo. Si anteriormente el semblante de mi hermano me causó temor, el tuyo me causó espanto, y fria, temblaba de piés á cabeza, y sin sentido al fin, me dejaba llevar en los brazos del compañero, como una cosa muerta, de palo. Cuando vine á salir de mi distraccion, ya se había acabado el baile, ya rodabamos en el quitrin por entre las cercas de piedra de los cafetales.

Ahora estoy con una grande impaciencia. Deseo saber vivamente como llegaste á tu casa, á que hora llegaste y que te sucedió en el camino, porque como todo ha sido para mí una pesadilla horrible: no recuerdo las especies sino al través de un velo sombrío. Cuenta que no podré entregarme al reposo, hasta no estar bien convencida que no te ha sucedido nada. No he cesado de pedir á Dios que te iluminara en tu camino para que llegases sano y salvo, y te librase de las iras de Fernando. Afortunadamente, ni él, ni mis hermanas me hablaron palabra en todo el camino: le hicimos en poco mas de una hora sin desplegar los labios. Esto en parte me consoló: la disposicion de mi espíritu está muy delicada para soportar mayores ultrajes; mas preveo que un silencio tan glacial como el qué usan conmigo en esta vez, es anuncio de mayores desgracias, que así he observado que se pone el cielo y la tierra antes de abortar una borrasca. A Eugenio y á Fernando que venían á caballo detrás del carruaje, no les oí trocar una palabra: á Inés, que por venir en medio y con este motivo quedar al lado de Catalina, tampoco les ví mover los labios hasta que llegamos á las puertas del cafetal, donde nos despedimos de Eugenio. Apeámonos y cada cual se encerró en su cuarto.

“¡Oh! Me encuentro con las zozobras no vistas, ni oídas. No hallo un instante de quietud. Cualquiera cosa me asusta, é intimida. El ruido que hacen los cocullos con sus a-

las, me parece que son los pasos de alguien que viene en mi busca. No quisiera ni que el vienteillo de la noche moviese mis cabellos, ni que se estrellase en las hojas de mis ventanillas, ni que ladrasen los perros en los tendales, ni que los gallos cantaran. Quisiera que todo estuviese mudo, inanimado, muerto á mi alrededor. Estoy como loca. No se lo que hago, ni lo que me sucederá, ni lo que harán conmigo. ¡Qué angustia! ¡qué agonía! Escribeme. Cuéntame todo lo que te ha sucedido; que de por fuerza te ha de haber sucedido algo. Peor será que me ocultes la verdad, y luego yo la sepa por otro conducto. No tengas pena de decírmelo todo, que Dios me dará valor y fuerzas para llevar en paciencia los males que me aguardan. No temas que venga la muerte á poner un fin prematuro á la vida mía y que se lleve al sepulcro tantas dichas, y tantas esperanzas, como las que manteníamos en los tiempos venturosos de nuestro amor y que creímos ver realizados mucho antes.

“Treguas me pide el alma, treguas me pide el cuerpo quebrantado á tantos padecimientos: voy á ver si reconcilio el sueño y me olvido de mis desgracias durante dos ó tres horas siquiera. Espero con impaciencia el día, aunque tal vez este cuidado no me deje dormir. La virgen santísima sea conmigo. Hasta mañana: suelto la pluma ya falta de aliento...ni me desnudo...Alúmbreme un día menos aciago, que yo no merezco misuerte. ¡A Dios Alfonso! Tuya hasta la muerte.—Josefa G.—”

Cafetal Felicidad 8 de Mayo.

“Alfonso, todo se ha perdido. Se han ensañado mas que nunca contra mí. ¿No te decía que aquella calma anunciaba una borrasca?—pues ya estalló. La casa está hecha un vivo infierno. Fernando, Catalina, papá, Rosa, los criados, ¡hasta las criadas! todos se han revelado en mi contra, y desean mi perdición. No sé donde meterme: mil veces he deseado la muerte, una muerte que mate como el rayo. Hoy nadie ha comido ni almorzado acá. Mamá é Inés no hacen mas que llorar; y mis ojos están secos, mi corazón sin movimiento, mi cabeza abrasada. Cometería cualquier disparate. ¡Dios mío! ¡qué he dicho! yo no debía escribirte en esta situación, lo hago porque te temo, porque temo que otro te lo cuente. Estoy loca. No hagas caso de mí. Yo iba á decirte que no tuvieras cuidado, que si no te manejabas con prudencia en este lance, desde luego renunciaras á mi amistad; que res-

petaras en todo el honor de mi familia para esto únicamente tomé la pluma y te he dicho tantas cosas!.. Pero yo te amo... tu me amas, tu me amas mi bien, mi consuelo, mi delicia, y solo porqué no llevas un nombre ilustre me quieren alejar de tí, que soy tu corazón, tu vida... Me quieren mandar á la Habana. ¿Qué puede suceder? te espero á la oración en la esquina de la cerca. No dejes de venir, que me matan. Sácame de este infierno. Pero no traigas machete, ni pistolas. Una muerte... mi hermano... mi padre... ¡qué horror! Te aborrecería con mis cinco sentidos. Ven. Aun siento en mis espaldas los *chuchazos* que me han pegado ¡Ah! no sé como no he muerto de vergüenza y de dolor! Quiero verte. Quiero espirar á tus piés, si se empeñan en alejarme de tí.--
Josefa G."

Continuará

LUISA Y TOMAS.

I.

EL MATRIMONIO.

En cierto artículo de costumbres titulado: *No haga V. caso*, retraté á un antiguo amigo llamado Tomás, y si de él te acuerdas, lector mío, creerás que no le faltaba mucho para ser feliz, con sus cuarenta años, sobrado dinero y buen gusto para divertirse; pero echó sus cuentas para la vejez, que á pesar suyo le llamaba precipitadamente, y se persuadió de que sin casarse tenía poco tiempo que contar de placer. Para esto buscó una graciosa y delicada niña, de ojos negros, boquita de miel y airoso cuerpo, llamada Luisita, y así que creyó buenamente ser mirado por ella con deferencia, se dirigió á su padre, como cosa esencial, quien después de un cálculo mercantil (había sido negociante) no tuvo embarazo en concederle la mano de la niña. Llevaron los dos amantes relaciones como cuatro meses, apoltronado todas

las noches Tomás en un sillón, desde el toque de oraciones hasta las diez, hora en que se retiraba, después de haberse tomado un tazon de chocolate en compañía de la vieja, madre de la novia, llamada Doña Serapia, ó de haberse engullido, también con ella, algunos bollos *minas*, que en la plaza que cerca había, se compraban. Aunque no le faltaban á nuestro hombre aquellos malos ratos que en cualquier estado de la vida son indispensables, sin embargo, la balanza se inclinaba mas á los buenos, pues amaba en alto grado la comodidad, circunstancia de mayor cuantía para él, que de suyo era amigo de tratarse bien, y objeto á que con especialidad se dedicó siempre. Decía Doña Serapia, que entre las buenas cualidades de Tomás, resaltaban sin disputa, las de generoso y devoto, por los regalitos con que la solía halagar, y la bendita paciencia con que algunas noches le llevaba la cuenta del rosario, que ella nunca dejaba de rezar en compañía de sus criados, aunque llovieran cruzos. A pesar de que á mi amigo no le iba mal de esta manera, trató de apresurar el matrimonio.

Se presentaron los papeles necesarios, se buscaron los testigos, se dispensaron las amonestaciones y se habló al cura de la parroquia: estas diligencias, que tan fácil cosa parecen, no lo son tanto, lector carísimo, ni tú lo pensarás, si como yo hubieras sudado gota á gota, corriendo de aquí para allá, pues fuí entonces, por desgracia, el agente matrimonial: tolerable papel si hubiera sido el novio, y que algunos suspiros me costó por esas calles de Dios: ya iba á la curia, ya á la casa, ya á la iglesia. ¡Jesus, y que laberinto para casarse! Bien hizo mi amigo en encargarme de esta comision, pues me dejó tan estropeado, que por ahora dudo mucho el hacer otro tanto por el hijo de mi madre. La noche, víspera del matrimonio, nos hallamos todos en casa de Doña Serapia, donde había algunos parientes que dieron la enhorabuena á los novios, unos de buena, otros de mala fé: la conversacion fué general, pues los amantes en este dia se hablan menos que nunca, bien porque lo consideran inútil, bien porque la concurrencia que siempre asiste, no se lo permite. Mi amigo estaba contentísimo: los viejos como unas pascuas, los dos hermanos con cara de demonio, tan comun en estos malditos en semejantes casos, y Luisita, ya risueña, ya seria, ya callada, ya habladora, con la insustancialidad de una niña de quince años. Se dispuso que ninguno de los presentes faltase al cañonazo del Ave-Maria, hora en que al párroco se había citado: se fueron retirando todos, hasta

que llegó nuestro turno, lo que hicimos, habiendo precedido un piadoso aviso de Doña Serapia, que á su futuro yerno encargaba se cubriese el cerebro con un pañuelo, á causa de que corría un vienteillo que podía serle peligroso.

Dos horas antes de la convenida tocó á la puerta de mi cuarto Tomás para que despertase, pues dormí en su casa aquella noche; y por mas protestas que le hice con reloj en mano de que no era aun tiempo, me obligó á levantarme mas que de prisa, haciéndome renegar de su matrimonio, de él y hasta de D^a Serapia: conocí su buena intencion en querer presenciase toda su dicha, ¡tanto me apreciaba! pero nunca he tenido, tengo, ni tendré por un favor, el que se cree hacer á un amigo cuando le obligan á molestarse por un bien tan particular de otro como el matrimonio. Temí que encontrásemos la casa de la novia cerrada y que tendríamos que esperar un gran rato á los acompañantes, pero me equivoqué miserablemente. Ya estaban allí todos los parientes y amigos convidados, los de la casa se hallaban despiertos á escepcion de los dos hermanos, que diz que á pierna suelta roncaban: sin ellos se dispuso ir á la iglesia, lo que se ejecutó al momento.

Como amigo de la casa y de Tomás, me obsequiaron haciéndome acompañar á la novia: la tomé del brazo, y no pude establecer con ella conversacion alguna; á todo me respondía: *sí... no... ya...* hasta que me cansé, conociendo mi importunidad en querer distraer la imaginacion de una criatura que harto tenía en que pensar. Por el camino no nos sucedió nada de contarse, pues únicamente distinguí á pocos pasos de la casa, el rostro de una vieja vecina, que al olor de la novedad matrimonial se asomaba á una ventanilla ¡curiosidad maldita!

Llegamos á la sacristía, donde después de habernos molido el sacristan bastante rato, nos abrió la puerta un poco soñoliento y disgustado; mientras pareció el cura, y aquel encendía luces, y preparaba el libro y sobrepelliz del padre, todos los concurrentes decían secreticos á los novios con maligna sonrisa, los que fueron respondidos con modestia y encogimiento. Tomás me dijo suspirando:

—Amigo, que pesado es este momento.

—Tan no lo creo, le respondí, que si pudiéramos cambiar de situacion, no dudaría de hacerlo.

—¡Ah! tú no sabes lo que es hallarse uno en el instante de ligarse para toda su vida, y eso que ya yo estoy cansado de divertirme. Mira, estoy... frio... temblando...

En efecto su mano, que toqué, se hallaba helada.

—Vamos, ámate, le repliqué, no seas cobarde.

—Haré todo lo posible: á pesar que no temo á la suerte; yo seré feliz...

Nos interrumpió la llegada del cura.

Leyó este las palabras solemnes: hizo á cada uno de los novios las preguntas del caso, á que respondieron con un sí; ¡ah! que sí! solo dos letras ligan á dos personas para una eternidad! Después salieron de los labios del preste, consejos saludables, y se dieron la mano: se dijo en seguida la misa, y con la cadena se arraigó mas el enlace: yo distinguía á Tomas que sudaba y trasudaba, por la sencilla razon de permanecer arrodillado un hombre cuya salud traslucíase por su inmensa mole.

Salimos por fin de la iglesia, y entonces me dejó sin compañera, como es natural: era ya su dueño. Llegamos á la casa, donde encontramos en la puerta un hermoso trio de caballos que tiraban de un quitrin nuevo, pues se me tenia olvidado decir, que mi amigo había determinado, segun sus principios, irse al campo á celebrar sus bodas, solo con su mujer.

Encontramos en la casa café con leche y pan con mantequilla, que tomamos con gusto, particularmente yo que tenía un hambre voraz: la novia se hallaba algo indispuesta á causa del airecillo de la mañana, pues solo para un asunto tan interesante, podía haber abandonado el lecho tan temprano. Todos los de la casa guardaban silencio: los de la calle hablaban por mil. No sucedió así en los momentos de la partida. Levantaron el grito los padres, los parientes y la niña: parecía que se separaban para siempre. ¿Porqué nos reimos tanto cuando acompañamos un cadáver, y lloramos viendo la celebracion de unas bodas? Respondería si no quisiese concluir este capitulo.

Por último, partieron los novios, y me quedé yo observando el carruaje hasta que le perdí de vista.—¿Cual será su suerte?—Ella pobre, con quince años, sin conocer absolutamente el mundo, sus pesares y sus gozes: él rico, con cerca de medio siglo de existencia y habiendo disfrutado mucho.—

¿Cual será su suerte?

EL NIÑO.

En los primeros dias del matrimonio, la amable Luisita tan jóven é inocente, se pintaba en sus ensueños un delicioso porvenir. Para su felicidad, nunca el amor había agitado su pecho candoroso, y no conociendo sus dulzuras, solo creía en las de la amistad: enlazada con este vínculo, se forjaba mil delicias, y nada malo temía del hombre que llevándola de la miseria á la opulencia, parecía haberla querido salvar de la desgracia por impulsos generosos; mas segun iba pasando el tiempo, aquella niña fué conociendo su verdadera situacion: vió que en medio de los quitrines, buena mesa y lujosos vestidos, había un vacío que debía llenarse, aunque ignoraba de qué. Si su marido procuraba halagarla, sus obsequios eran de poco valor; los hacía porqué de ellos le resultaba á él la mayor parte del bien; y Luisita, que había pasado su infancia en medio de las escaseses, apreciaba mucho aquellas muestras engañosas que encantaban su edad juvenil. Pero débil por naturaleza, nacida en este país de los trópicos donde el mas leve descuido acarrea, particularmente en las personas de su sexo, el mal destrozador de la tisis, la aquejaban padecimientos al pecho, que se aumentaban con la mudanza de aires en el cafetal S. José, donde sufrió un invierno riguroso. Tomás pasaba ratos molestísimos, afligido del triste estado de su esposa que le impedía solazarse á su placer, y aunque en la Habana lo pasaba Luisita mejor en su salud, sin embargo, nuestro hombre se iba aburriendo por grados, que no era aquella vida la que él por cierto necesitaba.

Viviendo con su mujer, tenía en la ciudad que salir con ella á todas partes, y dejaba de disfrutar de ciertos goces que en tiempo de su soltería le eran muy agradables: no separándose nunca de su sistema de comodidad, hasta el ir de brazo con ella le disgustaba: buen celozo, como buen egoista, no admitía en su casa sino muy pocas visitas, y las mas de ellas eran de personas de mayor edad, siempre compañía desagradable para una jóven: todo el tiempo lo pasaban aquellas jugando una partida de tresillo incansable, con Tomás. Si alguna vez iban los dos esposos á paseo, siempre

nuestro marido al entrar en su casa, lo hacía regañando; bien á causa de que por ir con Luisa no había podido jugar una mesa de villar, ó bien porqué le era imposible examinar alguna fruslería que le llamara la atencion. Agriaban su espíritu estas cosas, y mas que todo la tristeza de su novia, de que él era causa y no podía soportar porqué le disgustaba todo lo que no fuera para su completo solaz.

Andaban así las cosas, cuando dió á luz Luisita un bello niño, que parecía le destinaba el cielo para calmar sus pesadumbres. Pero si en tal acontecimiento fué feliz, no dejó de hacer mella en su constitucion, habiendo quedado de él muy delicada. El hombre que ama á su esposa y que por cariño principalmente se une á ella, no hay duda que lo que mas ansia, lo que mas desea, es un fruto de su enlace, que acaba de llenarle de regocijo; porqué ese hombre funda sus placeres en el corazon, no en los sentidos. ¡Cuán diferentes uno de otro!

¿Como podían agradar á Tomás aquellas cosas que le quitaban el apetito, é impedían que saliera á divertirse? Así es que durante la convalecencia de su esposa, pasó unos dias de martirio, y cuando ya ella un poco restablecida empezó á distraerse, le pareció á él haber salido absolutamente de apuros.—Pero no fué así.—Nunca había pensado Tomás en lo que era tener un hijo, por lo que se encontró entonces en otro mundo, y le fué siendo su subsistencia cada vez de mas peso. Aunque tenía su nodriza, no por eso dejaba de llorar, cosa bien sencilla, pero que desesperaba á su padre: en el momento que le oía, tomaba el sombrero y salía de la casa como un rayo, renegando y maldiciendo de su suerte.

Sus amigos ya no le conocían: alegre y bullicioso en otros tiempos, podía siempre decirse, que si su conversacion no era muy instructiva, agradaba lo bastante, pues de todo hablaba y siempre de buen humor. Si el carácter del hombre, segun dice Voltaire, es inmutable, no hay duda de que se altera evidentemente segun las circunstancias en que se encuentra, por lo que Tomás apenas decia una palabra cuando se llababa en sus antiguos corrillos; sentado en un rincon, tenía por único placer el encontrarse separado de las obligaciones de su casa; y solo alguna vez hablaba, y con profusion, cuando se trataba de matrimonio: entonces alzaba el grito, y como si se supiera de memoria la sátira que el festivo Quevedo escribió contra aquel estado, le pintaba con feísimos colores, le denigraba con acritud y aconsejaba por todas partes á la juventud que le oía, man-

tenerse soltera, siendo el único medio de adquirir la felicidad; como si todos se casaran de la manera que él y tuviesen sus mismas ideas. Faltábale por fortuna buen decir, por lo que sus perniciosos consejos, lejos de adquirir prosélitos, le acarreaban el desagrado general de personas que por otro lado, tan bien sabían la historia de su vida.

Luisita, que conforme á su situacion, no era extraño fuese antagonista del matrimonio, no pensaba en contradecirle: todo su interés se reducía á separar de la vista de su marido lo que pudiera desazonarle, que no era en verdad poco trabajo; pero ella estaba íntimamente persuadida que le debía mucho y que de su obligacion era retribuirle en lo que mas pudiese. Siempre que el niño lloraba, llevábale al último cuarto de la casa, donde procuraba acallarle en union de la criada, para que no le oyese su esposo, y si era á media noche, con mucha mas razon, que quitarle el sueño á Tomás era el agravio mayor que podían inferirle; pero todos estos cuidados no bastaban á evitar el daño, ni tampoco los que de su parte ponía la oficiosa Doña Serapia, que como buena suegra, en aquellas apuradas circunstancias, había pasado á la casa de su yerno.

Un dia que este se acababa de levantar, siendo las nueve de la mañana, y que se hallaba muellemente apoltronado en uno de esos sillones, ó mas bien camas, que se estienden ó acortan, segun la voluntad del que los disfruta; se le fué acercando Doña Serapia, y con aire del mayor interés al verle cabizbajo y de mal talante, le dijo:

—Veo, Tomasillo, hijo mio, con mucho disgusto, que hace tiempo estás muy triste, por ejemplo ahora, ¿qué tienes?

—He pasado, Doña Serapia una noche de perros; le respondió Tomás.

—Ya veo que el niño llora un poco.

—¡Un poco! si no ha cesado en toda la noche! Estoy señora, volado.

—Pues yo bien he dormido, y eso que he estado mas próximo á él; pero cuando he podido reconciliar el sueño...

—Pues yo nunca puedo reconciliarle: una vez perdido, hasta el otro dia: ¿entiende V?

—Vamos, no te incomodes, Tomasillo, que no lo dije por tanto. ¡Si tienes un carácter...! Y no eras lo mismo antes.... ¡Ay! Virgen del Cármen! qué transformacion! Si nadie lo hubiera creído... Cuando ibas á mi casa, y pretendías la mano de Luisa, nadie mas dócil, mas complaciente, pero

después acá. ¡Dios mio! Con todo el mundo estás de mal humor, hasta conmigo, que tanto me querías...

—También antes estaba grueso, contento, y gozaba de las mas grandes comodidades, y ahora estoy disgustado, en la espina, y....

—¿Y cuál es, hijo, la causa de todo esto?

—¿Qué, V. no la encuentra?

—No por cierto.

—¡Pues estamos frescos! ¿No sabe V. que su hija es la causa de todas mis pesadumbres?

—¡Mi Luisa!—gritó la buena señora, la que á mas de ser de pocos alcances, no se hallaba absolutamente impuesta de nada, pues su hija, con bastante prudencia, no había querido afligirla.—¡Mi Luisa!—volvió á exclamar—Yo no creo de su virtud....

—¿Qué virtud, ni qué calabazas! ¿Acaso se vive con la virtud? Luisa es causa de mis desgracias, Doña Serapia.

—Pero ¿porqué?—preguntó aquella muy asustada.

—¡V no la vé, señora! respondió Tomás; siempre enferma....—Y con esta salida logró nuestro hombre variar ante su suegra la índole de sus ideas.

—Yá se vé, dijo ella, no es extraño, que tú que tanto la amas! (y la buena señora creía á pié firme lo que decía,) te angusties por sus penas. ¿Pero qué te parece que hagamos?

—Hay un medio.... un medio que está en las manos de V., y si V. quiere, todos nos tranquilizaremos.

—¡En mis manos! ¿Qué no haría yo por mi hija y por ti? Habla.

—Como lo que mas acaba la salud de Luisa es el niño, bien podía V llevarsele á su casa.

—Con mucho gusto.

—Y su hija de V. y yo nos iremos al campo.

—No se hable mas del asunto.

—Mañana marchamos; pero si Luisa opone algun obstáculo...

Bien sabía Tomás al hacer esta observacion, que su débil esposa obedecería al momento, que nunca había osado contradecirle en lo mas mínimo.

—Si así sucede;—contestóle Doña Serapia;—yo la venceré, y no dudes de que accederá: ella es muy dócil, muy dócil.

Con lo que se separaron suegra y yerno; aquella á participar á su hija la violenta determinacion de su esposo, y

el otro á disponer con toda presteza el viaje al cafetal, donde creía descansar y solazarse, sin que le pasara por las mientes el dolor que le causaría á Luisa separarse del hijo de su corazon, y el efecto dañoso que en su constitucion física producirían los aires del campo, cuyos efectos ya había experimentado.

(Continuará.)

GALERIAS SUBTERRANEAS

DE GIBRALTAR.

Había estado antes en Gibraltar pero no visité este caprichoso portento, del que solo oí hablar á personas vulgares que exclamaban. ¿No ha visto V. las galerías subterráneas? Pues no ha visto V. nada—Todo el peñon está hueco.

Deseoso de ver la nueva obra y de fijar mi concepto sobre lo que podía añadir á las demás fortificaciones de aquella plaza, que algunos no creen que sea tan fuerte como Mantua y Lila, me valí de un amigo residente en aquella plaza y obtuve una licencia para recorrer esas galerías subterráneas, obra del poderoso capricho y de la mas obstinada ignorancia en el arte militar.

Todo el peñon por la parte de tierra está perforado á fuerza de pico, como una bóveda que tendrá tres varas de ancho y cuatro de alto, sin mas respiraderos que las imperfectas troneras que existen de trecho en trecho sin guardar medida ni proporcion alguna entre sí, ni atinada eleccion en los puntos de donde se dirigen los fuegos sobre la playa ó bahía; deduciéndose de aquí que el ingeniero no observaba otra regla en aquel trabajo que la que le dictaba la seguridad de la peña, para poder horádarla sin esponderse á un desplomo; consiguiendo el pueril objeto de asomar un cañon ó un obus por un boquete, que el menos perito conoce al punto el poquísimo efecto que puede producir. Las galerías comienzan á tanta altura, que todas las direcciones de sus troneras son estremadamente fijantes; á que se agrega la imposibilidad de usar de las piezas colocadas en ellas pa-

ra otra cosa mas que para una salva, y tener el gusto de ver al peñon lanzar fuegos de artilleria un corto rato, pues dichas galerías carecen absolutamente de los respiraderos necesarios para la salida del humo y rápida circulacion del aire en las baterías atechadas, circunstancia que hace tan embarazoso el fuego de las casematas, á pesar de sus numerosos y bien situados respiraderos. Agrégase á esto que la peña aunque de naturaleza primitiva, está como todas compuesta de capas mas ó menos compactas, y es claro que á poco uso que se haga de aquella artillería, todas las capas, sin excepcion, se desplomarian destrozando á cuantos se encuentren abajo.

Parece increíble que se halla llevado á tal extremo la terquedad de continuar obra tan costosa, tan inútil y que tanto desacredita á los que la concibieron como á las que la aprobaron. En horabuena que para perpetuar sus nombres y satisfacer la vanidad, consumieran sus esfuerzos los reyes de Egipto dejándonos sus pirámides y obeliscos; pero no se concibe cómo ni para qué después de haber hecho la primera galería y transcurridos algunos años, lejos de volver en sí para darse por satisfechos con tan disparatada y costosa obra, emprendiesen otra mas elevada, y en ella, el ingeniero (que creo no era el mismo que dirigió la primera) ostentase todo lo que puede un genio disipado cuando tiene *barro á mano* ó paño de donde cortar. Así que se fastidió de continuar un ramal largo y horizontal, para seguir el mismo nivel del monte, que está algo pendiente y sin duda porqué encontró algun accidente natural que le provocó á hacer un pozo de unas 40 varas de profundidad, al que se baja por una escalera de caracol, bastante cómoda; se estendió á su salvo formando una plaza de armas á la que le abrió dos claraboyas, ó llámense troneras. Satisfecho del capricho de seguir una misma direccion, con el desahogo de la obrita que acababa de ejecutar y en la que dicen que invirtió año y medio, volvió á subir á su primer nivel y continuó su rumbo hasta encontrar con el extremo opuesto del peñon que mira á la caleta y allí formó una gran sala que dicen de *San Jorge*, abriéndole tres agujeros ó cañoneras; y para dar cima á su obra, á la manera que los polvoristas colocan la bomba al fin del árbol de fuego, comenzó á taladrar la peña hacia arriba, como antes lo hizo hacia abajo, y en lo último colocó un mirador ó templete sin ningun objeto, pues está en un extremo del salon para que no sirva ni de tragaluz ni casi de respiradero. Cuentan que Lord Nelson dió un

baile en dicho salón, poco meses antes del combate de Trafalgar.

Supone el vulgo, que después de perdidas las baterías exteriores, podrán meterse los defensores como conejos en aquellas huroneras, y que con víveres, que creen guardados en almacenes del mismo sistema, nadie podrá echarles el guante. Pero repito que no alcanzo como pudo continuarse obra tan inútil, en una topografía que se está brindando para que los ingenieros sin grande habilidad ostenten todas las reglas del arte, adecuando á sus diferentes emplazamientos las torres y baterías de costa que aconsejan tantos autores, ya que quisieran ostentar su poder, y la importancia que dan á una posicion naturalmente inespugnable.

Ni hemos visto á Gibraltar ni tenemos otras noticias de sus baterías subterráneas que las que transcribimos y debemos á un amigo. Por otra parte es una cuestion en que nos confesamos sin voto.

NOTICIA CURIOSA

Sobre el sistema de Copérnico.

Cerca de dos mil años antes de Copérnico, un discípulo de Pitágoras Philolaus, publicó un sistema, en el cual colocaba al sol en el centro del mundo, andando en su redor la tierra y los planetas. Esta misma doctrina fué discutida y sostenida en Roma, en el siglo quince, pero siempre á Copérnico quedó la gloria de haberla demostrado. Y Galileo en la edad siguiente, hizo palpables las verdades enseñadas por Copérnico.

La Harpe, introduccion al siglo de Luis XIV.



Ayuntamiento de Madrid